

# La Ilustración Artística

Año XXI

BARCELONA 4 DE AGOSTO DE 1902

Núm. 1.075

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ORÁCULO, cuadro de César Pattein



**Texto.** - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *El ramo de coral*, por Eduardo Marquina. - *El escultor italiano Leonardo Bistolfi*, por E. T. - *La ilusión de lo nuevo*, por Antonio de Valbuena. - *Nuestros grabados*. - *Noticias de teatros*. - *Problema de ajedrez*. - *Vía libre*, novela original de E. Werner, con ilustraciones de Antonio Bonamore. - *Baldomero Galofre*, por A. García Llansó. - Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** - *El oráculo*, cuadro de César Pattein. - Dibujo de Juan Llimona que ilustra el artículo titulado *El ramo de coral*. - Fragmento de *La belleza de la Muerte*. - *El dolor confortado por los recuerdos*. - *La belleza de la Muerte*, monumento funerario para Sebastián Grandis en Borgo S. Dalmazzo, obras escultóricas de Leonardo Bistolfi. - *República Argentina*. Buenos Aires. Concurso de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados». *La pompa de jabón*. - *Oficial del tiempo de Luis XIII*, cuadro de Meissonier. - *Cadaqués*. *Cala Culip*, cuadro de Eliseo Meifrén. - *El hijo del buzo*, cuadro de K. Storch. - *Busto de estudio*, cuadro de H. Rondel. - *Exposición Internacional de Artes Decorativas de Turín*. *Puerta principal*. - *Puerta de ingreso del pabellón de Bellas Artes*. - *Baldomero Galofre*. - *Regreso del trabajo*. *Recuerdo de Castell de Aro*, por Baldomero Galofre. - *Pescador de San Felip de Guixols*, apunte por Baldomero Galofre.

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

*América central*: fomento de las obras públicas. - *El Salvador*: injusto fallo de un tribunal de arbitraje influido por los yanquis. - *República Argentina y Chile*: los pactos; proyectos de alianza y de conferencia diplomática. - El divorcio en la *República Argentina*. - Los pampas de Río Negro y la reina Bibiana. - Organización militar de América.

Los gobiernos de la América central no pierden de vista el preferente objeto de su política, que es procurar el acrecentamiento de la riqueza pública mediante el desarrollo de cultivos y de vías de comunicación.

Con el laudable propósito de favorecer á los propietarios de fincas rústicas, facilitándoles los recursos necesarios para dar mayor impulso á sus labores, se va á fundar en El Salvador un Banco Hipotecario con capital inicial de dos millones de pesos, bajo la garantía del Estado.

Se llevan á cabo con gran actividad las obras del ferrocarril de San Salvador á La Unión, cuyo contrato se ultimó en enero.

En la República de Guatemala la Asamblea legislativa ha aprobado también un contrato para la construcción y explotación del ferrocarril entre Coatepeque y Caballo Blanco.

Capitalistas yanquis prestan á Nicaragua tres millones de dólares que el gobierno necesita para fomentar las obras públicas.

Muy pronto debe terminarse el ferrocarril central que enlaza el puerto de Corinto con el lago de Nicaragua.

Asimismo, en este año quedará completa la línea férrea interoceánica que, en Costa Rica, une á Puerto Limón, en el Atlántico, con Puntarenas, en el Pacífico, obra de gran importancia, puesto que pone en comunicación directa los dos principales puertos de la República.

\* \*

Los yanquis han dado un gran disgusto á los salvadoreños.

Hacia el año 1894 el gobierno de El Salvador concedió á una compañía el privilegio de trasbordar pasajeros y mercancías en el puerto del Triunfo. Un tal Burrell constituyó en San Francisco de California otra sociedad, «the Salvador Commercial Company», que suscribió 500 acciones de la del Triunfo, con lo que el citado yanqui y un su hermano consiguieron dirigir, de acuerdo con otros compatriotas suyos, los asuntos de esta última empresa. Pero la dirección fué desastrosa, la compañía se arruinaba y hubo necesidad de declarar la quiebra.

Se procedió en todo con arreglo á lo que prevenían los estatutos de la sociedad y disponen las leyes del país. No obstante, los accionistas norteamericanos se propusieron hacer bueno para ellos el negocio á costa de los salvadoreños, y reclamaron, apoyados por su gobierno, que tuvo la osadía de pretender que las autoridades judiciales de El Salvador anularen sus propias decisiones, que se reconstituyera la empresa y que se diese á los reclamantes los cargos que en ella tenían. Como era natural, el gobierno de aquella República se opuso

á tales exigencias; el de Washington pidió entonces 448.000 pesos oro para los suyos, no se avino tampoco El Salvador, y al fin se sometió la cuestión á un arbitraje.

Y en la actualidad los árbitros reunidos en Washington tienen á bien condenar á la República de El Salvador al pago de 523.000 pesos oro, con lo que Burrell y sus colegas hacen negocio redondo; bajo su administración se consumió la mayor parte del capital de la Compañía del Triunfo, se llevaron el vapor de ésta, impidiendo así que pudiera continuar el tráfico á que estaba obligada por la concesión y arrebatando ese importante activo á la sociedad en quiebra, y además van á embolsarse los 523.000 pesos.

Se comprende la afición de los yanquis á colocar su dinero en empresas en la América española; no se pierde nunca, porque en último término se obliga á que paguen los respectivos gobiernos, cuando son débiles.

Pero el mundo da muchas vueltas... Vayan, vayan comprometiendo allí capitales, que bien los necesitan esas Repúblicas. Día llegará en que alguien aproveche las lecciones que ahora dan los maestros del *business*.

El fuerte de hoy es el débil de mañana.

\* \*

Persevera la tendencia pacífica afortunadamente iniciada en Chile y en la República Argentina. El presidente de la República chilena, en el mensaje que dirigió al Congreso con motivo de la apertura de las sesiones, declaraba que el objetivo único de la política exterior de su gobierno era mantener la paz sobre bases sólidas y duraderas. El conflicto con el gobierno de Buenos Aires se ha evitado; queda en pie el problema respecto al Perú y Bolivia, y se trata de resolverlo conforme á los tratados y con toda la diligencia posible, puesto que los aplazamientos habrían de perjudicar al progreso económico de los países interesados.

Como una empresa patriótica se estimó en el Senado de Chile la aprobación de los pactos convenidos con la República Argentina; era preciso - se dijo en la Cámara - anular todas las causas de discordia con ese pueblo hermano, del que Chile había permanecido distanciado con visible detrimento de su misma prosperidad, puesto que las desconfianzas ó los celos impedían el desarrollo de relaciones comerciales entre ambas Repúblicas.

Por unanimidad fueron aprobados los pactos, y justo es decir que á ello contribuyó en gran parte un elocuente discurso del ministro Vergara Donoso, que recordó el noble proceder de los argentinos en los días de la guerra con el Perú y Bolivia. Empeñados los chilenos en esta contienda, las circunstancias habían sido entonces muy propicias á la República Argentina, que hubiera podido poner á Chile en el duro trance de ceder á todas sus exigencias.

Cuando el secretario del Senado dió cuenta de la aprobación unánime, se oyeron vivas á la República Argentina y á la alianza de los dos pueblos hermanos.

En Buenos Aires ha habido cierta oposición á los pactos, y la prensa ha publicado artículos en pro y en contra. En estos últimos se expresa desconfianza hacia Chile, República á la que algunos argentinos suponen «siempre dispuesta á faltar á la letra y espíritu de los tratados que ha hecho.» En el Senado la oposición se concretó principalmente á las cláusulas sobre neutralidad y sobre renuncia de expansión territorial, y á otras algún tanto ambiguas que en lo porvenir podrían acaso interpretarse de modo distinto y ocasionar desavenencias.

Pero así en la Argentina como en Chile se impone la necesidad de la concordia, y aun se habla ya de una alianza entre ambas Repúblicas. Más todavía: parece que hay en proyecto una conferencia diplomática, para dar solución al problema del Pacífico, con delegados de Chile, Perú, Bolivia y la Argentina.

Puestas de acuerdo las cuatro repúblicas, podrían fijar las bases de una cordial inteligencia, resolver de modo definitivo las cuestiones de límites y decidir cuanto conviniera á todas en punto á las relaciones comerciales entre ellas y con las demás potencias...

¡Qué gran pensamiento! Si se llevara á cabo con fortuna, motivo habría para decir que asomaba ya la aurora de los Estados Unidos de la América del Sur.

\* \*

La cuestión del divorcio está en tela de juicio en la República Argentina. Presentó el proyecto el di-

putado Olivera. La pretendida reforma ha hecho mayor impresión en el elemento femenino que en el sexo feo.

Las damas argentinas han celebrado varias reuniones en son de protesta contra el proyecto, y se hallan muy decididas á hacer uso de todos los medios legales para defender la indisolubilidad del lazo matrimonial. En cambio, en el Centro socialista femenino se dan conferencias públicas á favor del divorcio; las mujeres llenan el salón y aplauden y aguantan discursos como el de un orador italiano que estuvo hablando desde las ocho hasta las once de la noche.

\* \*

Al Sur y no lejos de Buenos Aires, en las orillas é inmediaciones del Arroyo Azul y al pie de pequeñas sierras que se alzan en los partidos de Azul y Olavarría, vivían años hace los arrogantes indios pampas.

A mediados del pasado siglo XIX era uno de sus principales jefes ó capitanes el famoso Catriel, muy amigo y devoto de Rosas. Después, invadidas sus tierras por los colonos argentinos y extranjeros, divididos en parcialidades que combatían unas con otras en defensa de sus respectivos caciques, los pampas fueron desapareciendo ó dispersándose.

En 1870, cuando luchaban los hijos de Catriel con el cacique Lucio, todavía disponían de 3.000 lanzas. Vencido Lucio, aparece como jefe de los pampas la hija de una Catriel y de un español, Florencio García. Joven y hermosa, adivina y médica, Bibiana García ejerció y ejerce sobre los suyos prestigio extraordinario; la consideraban como un ser casi sobrenatural, y la mayor parte de los grupos dispersos vinieron á reunirse bajo sus órdenes. Mujer de inteligencia muy clara, comprendió que era imposible hacer frente á la civilización de los blancos; transigió con ella, reconoció la soberanía eminente del gobierno argentino y de él obtuvo la concesión de extensos terrenos en Río Negro. Casi todos los pampas la siguieron; los menos quedaron en Azul, donde viven en barrio aparte, en chozas de barro y paja, entregados á faenas agrícolas y á pequeñas industrias manuales.

Los indios de Río Negro adoran á su reina, que ahora tiene de cincuenta á sesenta años de edad. De vez en cuando Bibiana, acompañada de sus íntimos, que hacen alarde del respeto y consideración que les merece, se presenta en alguna de las villas ó partidos del territorio que fué patrimonio de los Catriel.

En junio último, según dijo la prensa de Buenos Aires, estuvo en Azul; vestida de amplio traje de seda color claro, adornada con largos pendientes y collares de perlas y monedas de oro, cubiertos de anillos los dedos, con aires de majestad y de gran señora, se dignaba dar audiencia á los que pedían el honor de saludarla.

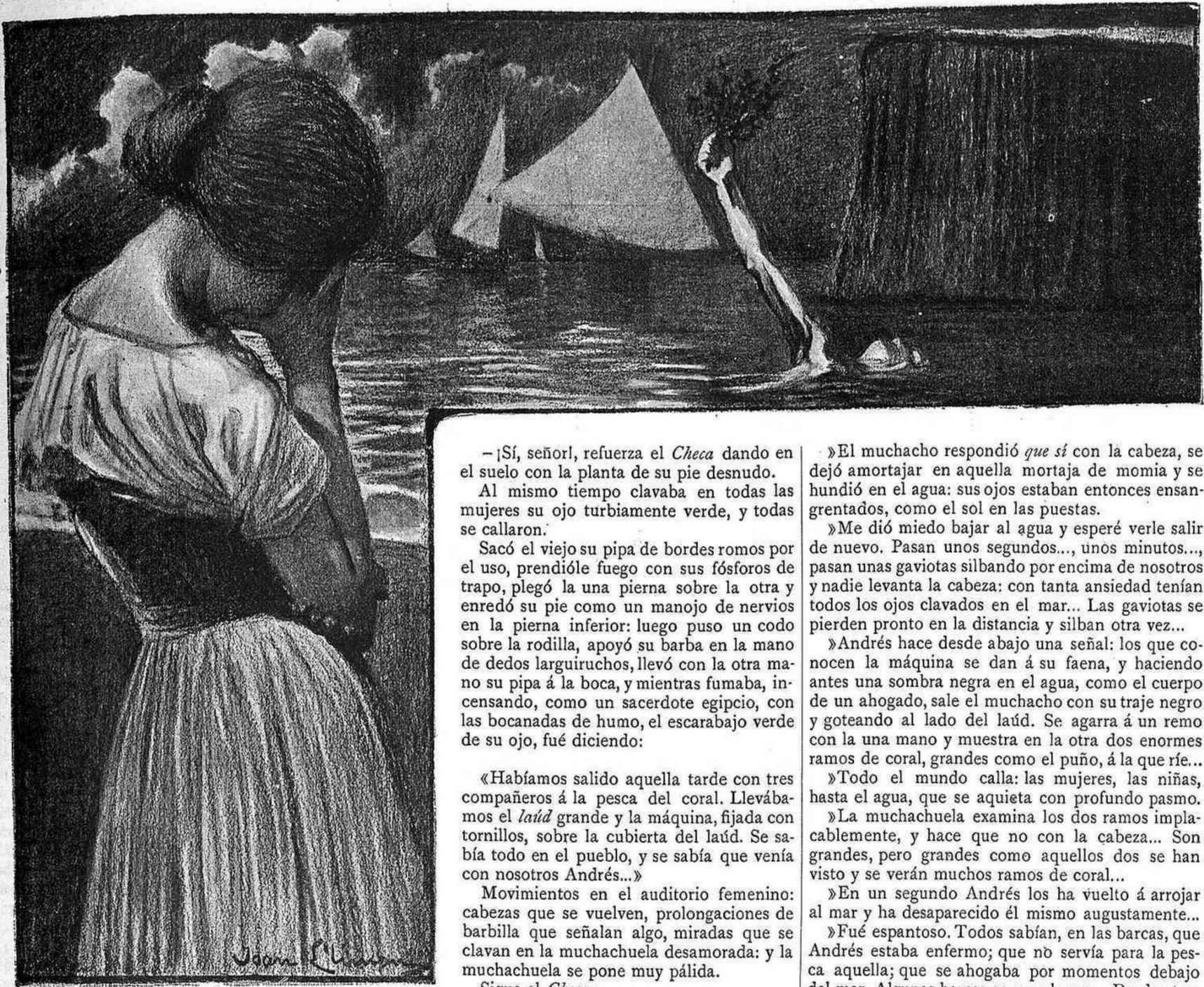
\* \*

A la obra de difusión y propaganda de los conocimientos sobre las Repúblicas hispano-americanas contribuye con gran acierto un ilustrado oficial del Ejército español, el capitán D. Antonio García y Pérez, en prácticas de Estado Mayor. Se dedica al estudio de la organización militar de América, y los folletos que hasta hoy ha publicado (*Ecuador y Guatemala*) son la única fuente que tenemos para formar cabal concepto de cómo están organizados los servicios militares en esas repúblicas. Ni en estas mismas es fácil encontrar reunidos y sistematizados todos los datos é informes que constan en la obra del Sr. García Pérez sobre constitución de los ejércitos, instrucción militar, parques y fortificaciones, retiros y montepíos, divisas y uniformes, justicia militar, marina etc.

Del mismo autor son los «Reflejos militares de América» publicados con motivo de la mayoría de edad de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, conjunto de brillantes resúmenes de los hechos que más honran y enaltecen á los pueblos hispano-americanos. En ellos, y á grandes y felices rasgos, se recuerdan las causas del engrandecimiento de Chile y de los triunfos y progresos de Méjico; los héroes de la homérica campaña del Paraguay; el patriotismo y la abnegación de los hijos del Perú; el talento, la prudencia y el valor del gran Morazán, y la ciencia del ilustre marino guayaquileño Rodríguez, primero en plantear el problema de la navegación bajo las aguas (1).

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) En 1842 Manuel Rodríguez ideó y dirigió la construcción de un pequeño barco, el *Hipopótamo*, que se sumergió á bastante profundidad en las aguas del Guayas y corrió considerable distancia desde Guayaquil hasta La Punta.



EL RAMO DE CORAL

El *Checa* lo contaba de una manera un poco siniestra, que hacía estremecer. Porque el *Checa* era un viejo lobo de mar, un Peer Gint embustero de aquel pueblito de rocas, que odiaba á las mujeres. Caía la tarde; en el fondo de la callejuela estrecha y tortuosa, con casas blancas, pintadas de cal, á uno y otro lado, había un pasadizo, una especie de agujero entre dos casas, por donde entraba bufando el aire, con olor de marina, y en cuyo fondo, según las noches, azuleaba ó blanqueaba el mar.

A la entrada de este callejón, húmedas de agua pulverizada por el viento, había unas cuantas piedras amontonadas, donde se agrupaban los vecinos del barrio, casi los del pueblo, á escuchar las narraciones del marino viejo, tuerto, enjuto y embustero.

— Y esta noche, ¿qué nos dice?, ¿qué predica?, ¿qué se ha visto, *Checa*?..

Una de las muchachuelas de la calle decía estas palabras, y era una muchachuela rubia, fina, sacudida de cuerpo, muy poco mujer, muy desamorada, que tenía á su hermana casi en la agonía y no se acordaba de su hermana.

El *Checa* sabía todo esto, y sabía además que aquella muchachuela le tenía por un embustero.

Más de una tarde — en aquel mismo sitio — á la luz de la luna, al murmurio del mar, contando cosas, se había fijado en ella: la había visto acoger con una sonrisita impertinente y fría sus estupendas narraciones.

Y el *Checa* era, ante todo, un hombre serio; que sabía respetar á los demás y quería que los demás le respetaran.

La muchachuela, disparada su pregunta, se había quedado quieta, con la cabeza ladeada y con los ojos burlones y diminutos clavados en el *Checa*.

— Mucho se dice, mucho se predica, contesta el viejo lobo; pero todo inútil, todo en balde. Las mujeres seréis siempre así...

Murmullos en el auditorio femenino, como de aguas claras que tropiezan de repente en una roca negra.

— ¡Sí, señor!, refuerza el *Checa* dando en el suelo con la planta de su pie desnudo. Al mismo tiempo clavaba en todas las mujeres su ojo turbiamente verde, y todas se callaron.

Sacó el viejo su pipa de bordes romos por el uso, prendióle fuego con sus fósforos de trapo, plegó la una pierna sobre la otra y enredó su pie como un manojo de nervios en la pierna inferior: luego puso un codo sobre la rodilla, apoyó su barba en la mano de dedos larguiruchos, llevó con la otra mano su pipa á la boca, y mientras fumaba, incensando, como un sacerdote egipcio, con las bocanadas de humo, el escarabajo verde de su ojo, fué diciendo:

«Habíamos salido aquella tarde con tres compañeros á la pesca del coral. Llevábamos el *laúd* grande y la máquina, fijada con tornillos, sobre la cubierta del *laúd*. Se sabía todo en el pueblo, y se sabía que venía con nosotros Andrés...»

Movimientos en el auditorio femenino: cabezas que se vuelven, prolongaciones de barbilla que señalan algo, miradas que se clavan en la muchachuela desamorada: y la muchachuela se pone muy pálida.

Sigue el *Checa*:

«Venía con nosotros Andrés, el enfermizo, el poca lacha, el escuchimizado, que hablaba siempre con palabras grandes. Todos lo conocíais: de esto hace pocos años todavía...»

«Del pueblo habían salido para seguirnos muchas barcas, porque la pesca podía ser una bendición del cielo, la salvación del barrio; la alegría y la riqueza para muchos años. En todas las barcas había mujeres que reían, que cantaban, que cogían los remos, que metían los brazos desnudos en el agua y se mojaban hasta el codo.

«Hacia sol. El mar azul parecía, con el viento, un campo sembrado de florecitas blancas.

«Habíamos llegado al sitio señalado de antemano. Hice que dos compañeros mantuvieran quieta la barca con los remos. Los que conocían la máquina se dieron á su faena, y Andrés y yo comenzamos á ponernos los vestidos... Todas las barcas curiosas estaban á nuestro alrededor, como abrazándonos... Realmente daba gusto hundirse en el mar, dejando afuera aquel montón de buenas voluntades pendientes de vosotros. Ahora todas las mujeres callaban y diríais que rezaran...»

«Pero en la barca más próxima á la nuestra, en la primera que había salido del pueblo para seguirnos, en la que anduvo tan de prisa en nuestro seguimiento, que más bien parecía empujarnos, había sólo una mujer, una mujer muy joven con su padre viejo y casi ciego. Era la única que no estaba blanca, ni asustada entonces...»

Tenía sonrosadas las mejillas, los ojos brillantes y le temblaban los velillos de la nariz nerviosamente...

— ¡Andrés!, grita de pronto dirigiéndose á mi pobre compañero, que acababa de vestirse. ¡Andrés, quiero un ramo de coral, el ramo de coral más grande y más hermoso que se haya visto nunca!

«La voz de la mujer había atravesado, fina como la punta de una espada, el aire limpio de aquel día.

«Andrés quería á aquella mujer, para la cual decía siempre sus palabras grandes; y aquella era la primera vez que la cruel le hablaba sonriendo.

«El muchacho respondió *que sí* con la cabeza, se dejó amortajar en aquella mortaja de momia y se hundió en el agua: sus ojos estaban entonces ensangrentados, como el sol en las puestas.

«Me dió miedo bajar al agua y esperé verle salir de nuevo. Pasan unos segundos..., unos minutos..., pasan unas gaviotas silbando por encima de nosotros y nadie levanta la cabeza: con tanta ansiedad tenían todos los ojos clavados en el mar... Las gaviotas se pierden pronto en la distancia y silban otra vez...»

«Andrés hace desde abajo una señal: los que conocen la máquina se dan á su faena, y haciendo antes una sombra negra en el agua, como el cuerpo de un ahogado, sale el muchacho con su traje negro y goteando al lado del *laúd*. Se agarra á un remo con la una mano y muestra en la otra dos enormes ramos de coral, grandes como el puño, á la que ríe...»

«Todo el mundo calla: las mujeres, las niñas, hasta el agua, que se aquieta con profundo pasmo.

«La muchachuela examina los dos ramos implacablemente, y hace que no con la cabeza... Son grandes, pero grandes como aquellos dos se han visto y se verán muchos ramos de coral...»

«En un segundo Andrés los ha vuelto á arrojar al mar y ha desaparecido él mismo augustamente...»

«Fué espantoso. Todos sabían, en las barcas, que Andrés estaba enfermo; que no servía para la pesca aquella; que se ahogaba por momentos debajo del mar. Algunas barcas se marcharon... Desde otras gritaba la gente llamando al mozo con desesperación... Y pasó tanto rato que el día se fué haciendo gris: soplabá un viento frío.

«Volvio á cubierta Andrés con su enorme ramo. Le quitaron en seguida el traje negro, y el mozo estaba frío y sudaba y se ahogaba y se moría...»

«Pidió que se entregara á la muchacha el ramo de coral, grande y hermoso como nadie los había visto nunca...»

— Y vivió todavía algunas horas... «Partió la muchachuela con su barca negra, su padre medio ciego, sola en medio del mar y besando el ramo enorme de coral...»

«¡Son malas las mujeres!»

El *Checa*, había terminado con su frase favorita. Un silencio absoluto daba la medida de la impresión que había causado aquella tarde en sus oyentes: á lo lejos, por el mar, cantaban unos hombres que pasaban en una barca.

La muchacha desamorada y burlona estaba seria y dijo:

— ¡*Checa*! ¡Has hecho mal!, nohas contado verdad. El viejo enmudece mirándola: ella se ha levantado; es alta, esbelta en medio de la obscuridad y tiene gestos estatuarios.

— Andrés murió; todos le conocíais: me quería y yo le quería á él; pero le quería grande, le quería ilustre, le quería fuerte: hoy es sagrada y noble en este pueblo su memoria: pescadores, mujeres, hombres y niños hablan de él como de un santo... Nadie ha vuelto á pescar un ramo de coral como el que le costó la vida...

No son malas las mujeres..., *Checa*: ¿quién te dice que no les cuesta lágrimas ver que son débiles los hombres?

Y sin que nadie le contestara, comenzó ella á andar con pausa grande, por el callejón estrecho, en busca del mar..., á pasarse la mano por la frente, á mirar las olas... y á llorar.

EDUARDO MARQUINA.

(Dibujo de Juan Llimona.)

## EL ESCULTOR ITALIANO

LEONARDO BISTOLFI

En Italia, sobre todo en la Alta Italia, en el Piemonte y en Lombardía, ha alcanzado la escultura un grado tal de desarrollo, que desde el punto de vista del arte plástico se ha conquistado aquella nación uno de los primeros puestos en el mundo artístico europeo moderno. Disputan allí la supremacía dos escuelas, el realismo y el idealismo, caracterizándose aquél por su impresionismo emocional y éste por su espíritu poético, por la profundidad de la idea y la intensidad del pensamiento.

Al frente de la escuela idealista figura hoy Leonardo Bistolfi, oriundo de Casale Monferrato, población cercana a Turín, en donde nació en 1859. La carrera de este artista no ha sido accidentada; Bistolfi estudió en la Academia de Milán primero y en Turín después, y avanzando siempre, ha llegado a la meta de sus aspiraciones y al lugar preeminente que actualmente ocupa.

Lo que más se admira en la obra de Bistolfi es que todas sus producciones son hijas, no del amor a la forma puramente, sino de la necesidad de exteriorizar un sentimiento lleno de poesía, pudiendo afirmarse que en este terreno pocos son los escultores que han logrado ponerse a su nivel. Pero estas excelencias del orden psíquico en nada perjudican a la belleza material de sus creaciones, las cuales se hallan por entero substraídas a las influencias del estilo académico y se distinguen por su originalidad, por su delicadeza, por su sinceridad y por su lógica. Dotado de un temperamento de sensibilidad extraordinaria y de un alma apasionada, y bien penetrado de los más profundos problemas de la vida, ha podido infundir un nuevo espíritu en el arte plástico. Comenzó, influido por el gran pintor milanés Cremona, por rendir culto al realismo sentimental, y atravesó luego un período de realismo crudo en el que produjo su grupo *Lavanderas*, que algunos llegaron a calificar de repulsivo; pero ya entonces modeló una porción de composiciones inspiradas en asuntos rurales, en las que se revelaba la cualidad que luego había de ser distintiva de su arte.

Para Bistolfi la forma plástica es inseparable del aire que la rodea y hasta del color que la adorna; por esto procura siempre concebirla en su propio medio, en su atmósfera, en su vida, y no se limita en sus bajos relieves a distribuir las formas en sus correspondientes escorzos, ni a estrechar las distancias de las superficies, sino que mediante una bien calculada tonalidad de los contornos y una vigorización de los efectos que en ellos determina la luz, consigue producir la impresión de la realidad.

Se ha dicho que con esta tendencia «pictórica» traspasa los límites del arte plástico; pero tal reproche es injusto, porque si la escultura ha de ser algo más que una imitación de lo antiguo, acaso no cuenta sino con este recurso para entrar en el camino del progreso que las demás artes han emprendido.

A Bistolfi se le denomina el «escultor de la muerte», porque en efecto ha consagrado principalmente su genio a los monumentos funerarios. Todas las

composiciones de este género por él producidas son grandiosas y decorativas en la acepción más noble de la palabra, y en todas ellas preside la idea de que la Muerte no es el enemigo execrable de la humanidad, sino el complemento de la vida, idea consoladora y levantada que ha sabido expresar con intensidad extraordinaria en alegorías tan hermosas como *La belleza de la Muerte* y *La Muerte confortada por los recuerdos*, que en el presente número publicamos.



FRAGMENTO DE «LA BELLEZA DE LA MUERTE», MONUMENTO FUNERARIO PARA SEBASTIÁN GRANDIS EN BORGO S. DALMAZZO (PIEMONTE), obra de Leonardo Bistolfi. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, de Darmstadt.)

En el arte de Bistolfi el simbolismo se nos presenta tan admirablemente combinado con la armonía y la gracia, que forzosamente impresionan aún a los espíritus más refractarios a la plástica alegórica.

No se crea, sin embargo, que Bistolfi sólo se ha dedicado a esta clase de esculturas. Sus proyectos de monumentos a Garibaldi, al duque de Aosta y a los hermanos Cairoli ocasionaron una verdadera revolución en la estatuaria en Italia, pues señalaban rumbos completamente nuevos a la plástica monumental: poéticos en su pensamiento, armónicos en su estructura, modernos en sus formas ornamentales, inspirados en la naturaleza y no en los modelos clásicos, significaban un progreso tal, que con razón pudo hablarse en presencia de ellos de un arte nuevo.

Este poeta de graves y profundas ideas es también artista decorativo notable, habiendo salido de su taller bellísimas planchas, medallas, tapas de libros e ilustraciones; es asimismo pintor muy discreto, y posee no comunes conocimientos en música y literatura, de modo que bien puede decirse de él que su alma está abierta a todas las formas de lo bello y su talento manifiéstase potente y vigoroso en todas las ramas del arte. — E. T.

## LA ILUSIÓN DE LO NUEVO

— ¿Que no puedes creer que yo esté tan enamorado de ti?, decía Eduardo Robledo a su novia Isabel Villaverde ocho días antes de casarse; ¿que no es posible que te quiera tanto, porque tú no tienes nada de particular?..

— Y es verdad, dijo con sencilla naturalidad Isabel.

— Bueno..., eso es modestia tuya, replicó Eduardo. Si no tuvieras también esa gracia..., no las tendrías todas.

— ¡Ay! ¡Cómo estás esta noche!

— Lo mismo que siempre... Pero ¡decir que tú no tienes nada de particular!.. Mira, tienes tanto, tanto, como que todo es particular en ti; como que yo no he visto nada como tú en mi vida, ni espero verlo. Porque en primer lugar eres hermosísima...

— No seas loco.

— Sí, hermosísima; a mí me parecen hermosísima... y además todos me lo dicen.

— Hombre, de cumplido, naturalmente... Los que te hablen de mí, sabiendo que te vas a casar conmigo, ¿te han de decir que soy fea?

— No, pero bien se conoce cuando se habla de cumplimiento y cuando se habla de verdad. Para decirle a uno por cortesía que tiene buen gusto, no se necesita hablar con el fervor con que me dicen a mí todos que eres una mujer encantadora, que...

— Mira, si sigues hablando así, me voy a mi cuarto y tendrás que acercarte como mirón a una de las mesas de tresillo ó ir a tomar parte en la conversación de mi madre y las demás señoras mayores.

— Pero si es la verdad, si te diré una cosa... Y eso que por otro lado no te la había de decir, no sea que vayas a enorgullecerte y...

— Bueno, no me la digas... Mejor es que no me la digas... Porque será alguna bobada regularmente.

— ¡Gracias, amor mío! ¡Gracias por la franqueza! Es decir, que de mí no se puede esperar otra cosa que...

— No, hombre, perdona: no he querido decir eso; sino que como estás esta noche empeñado en decirme bobadas...

— Bueno, pues verás lo que te iba a decir, que eres hermosísima...

— ¿Otra vez?..

— Y que eso solo, ese rostro escultural animado por esa sonrisa embriagadora, es bastante y sobra para explicar perfectamente que esté yo tan enamorado de ti... Pero te diré más. Si te dieran unas viruelas...

— ¡Jesús, hombre! ¡Mejor lo hará Dios!..

— ¡Claro que sí! No es más que un suponer. Pero si, lo que Dios no permita nunca jamás, te dieran ahora unas viruelas y te dejaran pintada, ennegrecida, desfigurada, en fin, horrorosa, seguiría yo tan enamorado de ti como ahora lo estoy, sólo porque siguieras mirándome con esos ojos tan hermosos, tan enloquecedores, tan dulces... Y si además te quedaras ciega...

— ¡Ave María Purísima!.. ¡No lo quiera Dios!

— No, ni yo lo quiero tampoco..., lo digo para pintarte lo que siento por ti y el atractivo irresistible que para mí tienes por muchísimos conceptos... Si además de dejarte las viruelas desfigurada y ho-

ESCULTURA ITALIANA MODERNA



EL DOLOR CONFORTADO POR LOS RECUERDOS, obra de Leonardo Bistolfi

Bajo relieve que figura en el monumento funerario de la familia Durio en el cementerio de Turín. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, de Darmstadt.)

rorosa te dejaran ciega, todavía te querría lo mismo que antes y seguiría tan enamorado de ti, por oírte hablar, y me casaría contigo para que regalara constantemente mis oídos el metal de tu voz, ese acento tan atractivo, tan cariñoso, tan simpático y tan dulce, como no es posible que haya otro...

- ¡Qué exagerado eres!

- No; y todavía te diré más... Aun cuando también te quedarás muda...

- ¡Virgen Santa!

- Ya te he dicho que hablo solamente en el supuesto de que eso sucediera... Si te quedarás muda ó afónica de modo que no se te pudiera oír una palabra, continuaría yo perdidamente enamorado de ti por tu modo de andar, por esa gracia y esa elegante sencillez que no tiene nadie más que tú...

- No seas adulator: ya te lo he dicho.

- No te adulo: déjame que acabe... Si por último también llegaras á perder ese encanto irresistible, si te quedarás tullida...

- ¡Dios mío!

- No, no te asustes: ya sabes que no es más que

estar cerca de aquella alma escogida de Dios, puesto que pasa lejos de ella todo el tiempo que puede.

Eduardo es ingeniero de montes.

Hijo de una familia noble y piadosa, fué educado cristianamente, y en su juventud se conservó sano. Cuando salió del Escorial, después de haber sido algunos años profesor de la Escuela del cuerpo, todavía era un buen muchacho.

Pero después de casado y destinado al ministerio, dió en ir al Casino, contrajo allí ciertas amistades, y por aquello de que quien con lobos anda á aullar se enseña, fué perdiendo la afición á la vida de familia y el cariño á su mujer, de manera que en cualquier parte le gustaba estar más que en casa.

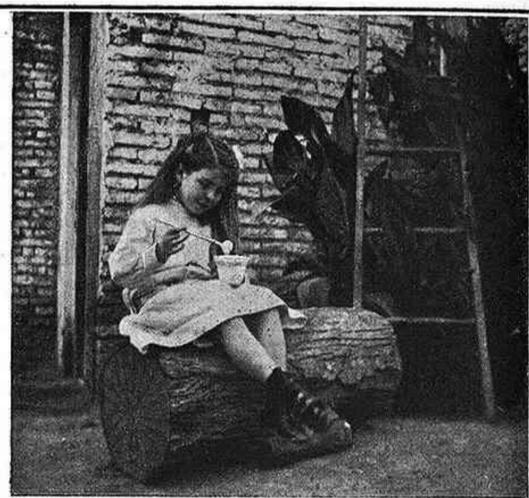
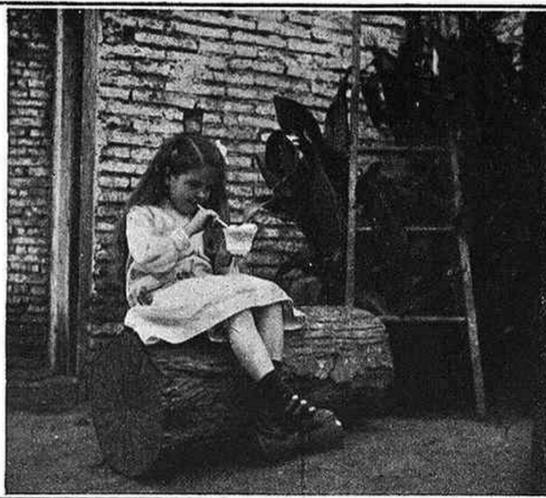
Todavía no se atrevía á decir á su mujer al marchar que se iba al Casino, no se atrevía á decirle que le aburría estar á su lado, pero trataba de engañarla con pretextos.

La comisión de repoblación de montes, á que pertenecía, debía de estar poco menos que en sesión permanente, porque á cualquier hora del día tenía Eduardo que ir á tomar parte en sus tareas... Por la

parará poco en casa, pues de otro modo no me lo explico... Porque él te quiere, conozco yo que te quiere, pues cuando le hablo de ti ponderándote, me oye con mucha atención y se anima y se esponja y lo agradece... Anteayer, que estuvo en casa un momento, le dije que el día antes había ido contigo de compras, y añadí á propósito: «Me gusta mucho ir con Isabel, porque como es tan simpática y tan buena y tiene ese agrado, parece que nos sirven en todas partes con más amabilidad y con más esmero... Ayer, en cuanto entramos en casa de Escolar, tres ó cuatro dependientes dejaron lo que estaban haciendo para venir á ponernos sillas y á ver qué deseábamos, como si el comercio fuera para nosotros solos.» ¡Y si vieras con qué alegría y con qué gusto me escuchaba!..

La pobre Isabel contestaba á estos optimismos de su cuñada comunicándola con sinceridad sus observaciones, no tan lisonjeras ni con mucho, pero más aproximadas á la realidad desgraciadamente.

Eduardo no pasaba todavía de ser un pecador teórico, digámoslo así. Pecaba ordinariamente de



REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES. - CONCURSO DE LA «SOCIEDAD FOTOGRAFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS.» LA POMPA DE JABÓN, fotografías de Ernesto Dubourg, que obtuvieron el tercer premio del grupo tercero, remitidas por D. Justo Solsona

suposición... Si te quedarás tullida, sin poder moverte, todavía seguiría igualmente enamorado de ti y uniría contento mi vida á la tuya por tus virtudes, para poder estar siempre cerca de esa alma pura y bendita y escogida de Dios, porque yo creo que no hay en el mundo una alma como la tuya...

Cuatro años hace que se casaron Eduardo é Isabel, que han tenido en ese tiempo un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Y por supuesto, á Isabel no la han dado las viruelas, gracias á Dios, ni se ha quedado desfigurada, ni ciega, ni muda, ni tullida, afortunadamente.

Está tan hermosa como antes de casarse, ó algo más si es posible; tiene la misma belleza escultural en su semblante animado por la misma embriagadora sonrisa; tiene los mismos ojos hermosos con la misma dulzura en la mirada; tiene el mismo timbre de voz, agradabilísimo efectivamente; la misma esbeltez, la misma gallardía, la misma gracia en el andar..., y en cuanto al alma, no es menester decir que también es la misma, con la misma sencillez, la misma modestia y todas las demás virtudes.

Lo que hay es que su marido se ha acostumbrado á todos aquellos encantos y ya no le llaman la atención como antes... Ni le embriaga ya aquella sonrisa, ni le enloquecen aquellos ojos, ni aquel metal de voz le atrae, ni le hace la gracia que antes aquel modo de andar, ni estima ya como una felicidad el

noche reclamaba su presencia el Círculo de Bellas Artes, donde había entrado hacía años como socio, porque era algo poeta, y donde ahora decía que era vocal de la Junta directiva...

La pobre Isabel conocía su desvío y le lloraba á solas y pedía á Dios el remedio, porque en el mundo apenas tenía á quien volver los ojos. Su madre había muerto tranquila y feliz poco después de haberse ella casado. La quedaba su tío el conde de Carbajal (título que había de heredar Isabel); pero ¿qué le iba á contar ella á aquel santo varón que no pensaba ya más que en prepararse para la muerte? ¿Cómo iba ella á amargar con sus quejas los últimos días de aquel pobre anciano que la quería muchísimo y que estaba en la creencia de que era muy dichosa?

Para tener á quien contar sus cuitas, quiso intimar con una hermana de Eduardo, algo mayor que él, casada hacía ya bastantes años y á la cual Isabel apenas había tratado hasta entonces, porque Clara, que así se llamaba, había vivido fuera de la corte. Era Clara mujer de buen corazón y muy discreta, de suerte que no tardó en conocer á fondo la sincera bondad de Isabel y pronto se quisieron como las mejores hermanas.

Contaba Isabel á Clara los tristes indicios del extravío de Eduardo, y trataba Clara de consolarla y de disuadirla de sus amargas sospechas.

- Estará de veras ocupado, la decía, y por eso

pensamiento y á veces también de palabra, tomando parte en las conversaciones obscenas del Casino. Todas las mujeres que veía en la calle le parecían mejor que la suya, y se le iban los ojos tras de cualquier talle un poco airoso ó tras de cualquier palmito medio agraciado. A veces, no solamente los ojos, sino él mismo en persona se iba también tras de alguna costurerilla, la decía á media voz cuatro chicleos y de ahí no pasaba... No era todavía lo que se llama un perdido; pero estaba en camino de perderse...

Llegó un día en que hubo de entrar en cuentas consigo mismo y... decidió seriamente mudar de vida... Pero ¿ustedes creen que para mejorarla? Pues no, sino para empeorarla todo lo posible.

«La verdad es - vino á decirse - que si me muriera ahora y me llevara el diablo, que sería lo más fácil, me llevara de la manera más tonta del mundo..., porque no se puede negar que la vida que estoy haciendo es mema del todo... Esto no debe seguir así... Hay que irse al vado ó á la puente... ¿Tengo aliento para subir el repecho y pasar el puente separándome por completo de mis amigos de ahora que me quieren hacer un perdido como ellos?; es decir, ¿tengo valor para ser bueno del todo?.. No..., creo que no... Pues para no ser bueno del todo..., de perdido, al río; á ser malo y á divertirme como los demás...»

Tan extraña y desastrosa resolución no quiso

Eduardo que se le apollara en proyecto, y decidió en seguida ponerla por obra.

Aquella misma noche había baile de máscaras en el teatro Real, y allá fué Eduardo empapado en el mal pensamiento de hacer lo que en el vocabulario del pecado se llama una conquista.

Pretextó, como otras veces, tener que asistir á Junta en el Círculo de Bellas Artes, y apenas había concluído de comer se marchó de casa como quien dice con el bocado en la boca.

Y luego desde el Círculo se marchó al baile cuando le pareció que era hora conveniente.

A poco de entrar en el teatro se encontró con un amigo y se paró á saludarle.

- ¿Cómo va esa repoblación?, le dijo el amigo inmediatamente después de haberle preguntado por su salud y la de su familia.

- Mal, contestó Eduardo. ¿Cómo quieres que vaya? El ministro de Hacienda no quiere darnos dinero, y sin dinero no se puede hacer nada... Y lo peor es que no solamente no nos da dinero para repoblar los montes destruídos por la mala administración, por la venalidad de los capataces, ladrones..., sino que trata de vender ó destruir también los pocos que aún quedan poblados... Pero, entre paréntesis, ¡qué dos máscaras más monas esas de los pañuelos negros de Manila!.. Lo que es la que le lleva bordado con flores encarnadas... ¡Qué talle y qué andar y qué!..

- Sí; es una andaluza muy graciosa, le dijo el amigo.

- ¡Ah! ¿La conoces?  
- No; pero pasaron hace poco por junto á mí que estaba distraído y me dijo en andaluz cerrado: «Adiós, serio.»

Eduardo se despidió de su amigo y se fué en seguimiento de las dos máscaras de los pañuelos negros.

Estas habían abandonado el salón, y cuando estuvieron solas en un pasillo, la de las flores encarnadas dijo á su compañera:

- ¿Qué tal manejo el andaluz?  
- Admirablemente, la contestó.  
- ¿No se me conocerá?..



OFICIAL DEL TIEMPO DE LUIS XIII, cuadro de Meissonier

En cuanto volvieron á entrar en el salón se les acercó Eduardo, que andaba desbautizado buscándolas, y que ya desde entonces no las volvió á perder de vista.

Se puso al lado de la del mantón bordado de flores encarnadas y comenzó á decirle cosas al oído, sin acertar á separarse de ella. Toda la noche anduvo, como suelen decir, cosido á los autos.

- ¡Qué hermosa eres, mascarita!, comenzó diciéndola sin reparar en que tenía la cara tapada.

- ¡Vaya!, le contestaba ella. ¿Cómo lo haz notao?... ¿Me haz echao lo rayoz equi?

- No; pero conozco yo que eres muy hermosa...

Y así estuvo siempre diciéndola lisonjas y haciéndola juramentos de amor y todo género de ofrecimientos generosos, desde el inmediato y sencillo de pagarla la cena, hasta el remoto y grave de ponerla casa.

La máscara no acepta ninguno, ni aun el de la cena, porque no se podía quitar la careta porque había dado palabra á aquella amiga y compañera de no descubrirse.

Por fin, tras de mucho embromar al ingeniero de montes, se fueron como distraídas hacia el *restaurant* y entraron en un departamento reservado, con lo cual vió el galán los cielos abiertos.

Se sentaron y acudió en seguida un camarero, que no reconociendo á Eduardo por parroquiano antiguo, no recordando haberle visto nunca, se le acercó muy alegre con la esperanza de cobrarle una buena cuenta, por aquello de que «al ave de paso, cañazo.»

- ¿Quieren los señores la lista?, dijo presentándosela.

- Todavía no; ya *avizaremos*, contestó la del pañuelo con flores.

Eduardo estaba como loco rogando á su mascarita predilecta que se descubriera el rostro y llamándola hermosa á cada instante.

- ¿Y *zi* luego *rezutaze* fea?, le dijo ella una vez.

- No, tú no puedes ser fea, replicaba Eduardo; me da el corazón que no eres fea, sino guapísima... Pero... ¿qué quieres?.. Aunque fueras más fea que

- ¡Quiá! Nada. A mí misma me pareces andaluza de veras.  
- ¡Mira tú que una andaluza de León!  
- Pues, hija, lo dominas...

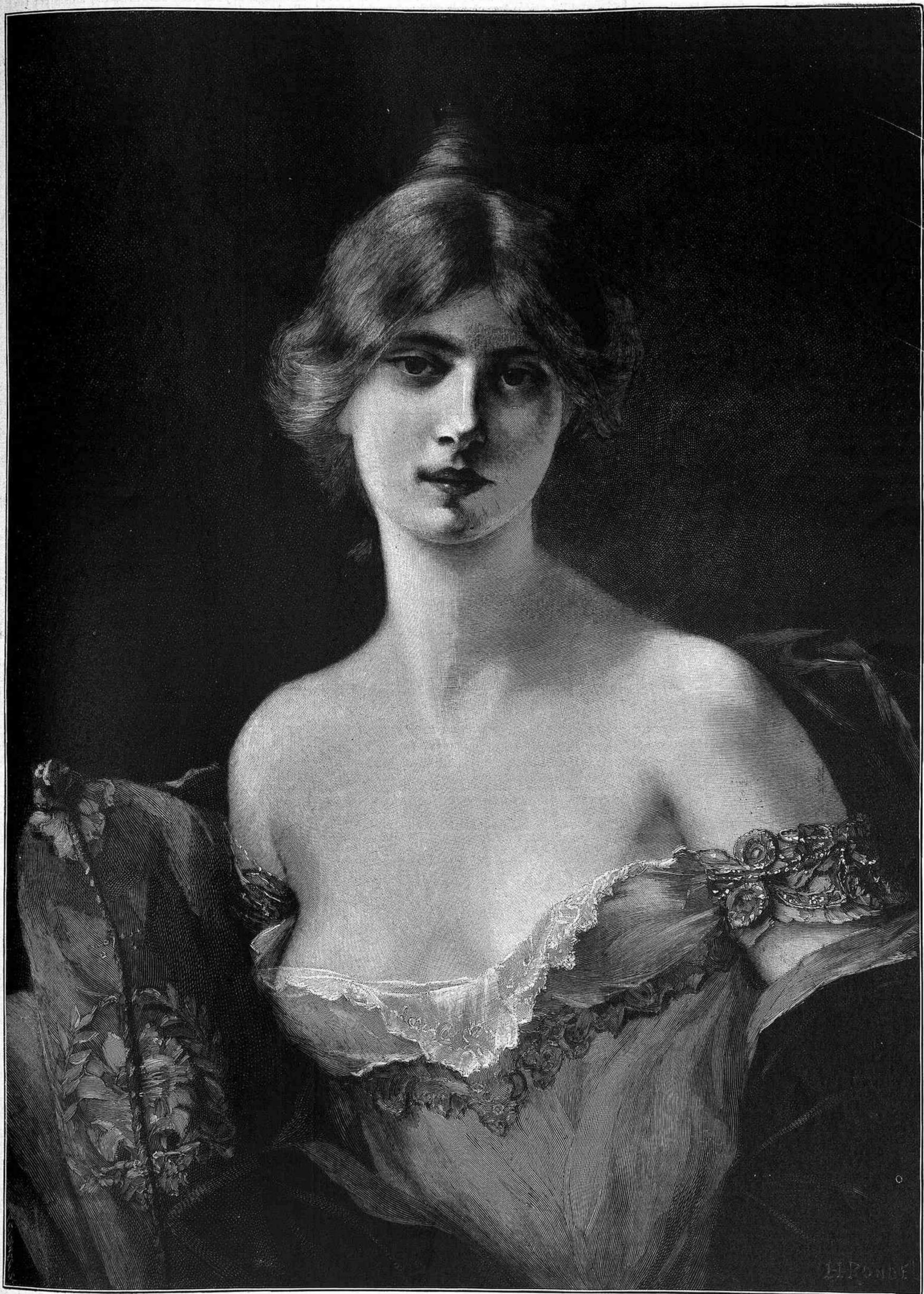


CADAQUÉS. - CALA CULIP, cuadro de Eliseo Meifren. (Exposición del Círculo Artístico.)



EL HIJO DEL BUZO, cuadro de K. Storch





BUSTO DE ESTUDIO, cuadro de H. Rondel



Picio no dejaría de quererte, porque me enamora ese timbre de voz atractivo y suave, y la elegancia y la distinción de tu modo de andar, y en fin, te juro, mascarita, que sería capaz de hacer por ti cualquier calaverada, y que por llegar á poseerte daría gustoso toda mi fortuna y lo menos la mitad de mi vida...

— ¡Tonto!.. ¡Si me estás poseyendo tranquilamente hace cuatro años!, dijo Isabel quitándose la careta.

Eduardo se quedó asustado y cayó de rodillas á los pies de su mujer, diciendo:

— ¡Perdóname, bien mío, perdóname!..

Y cogiéndola las manos se las cubría de besos... sin cesar de decir: «¡Perdóname, perdóname!»

Al cabo de unos instantes reparó en la presencia de la otra máscara, que permanecía cubierta y silenciosa, y dijo á Isabel:

— ¿Quién es esa señora?

— ¿Quién ha de ser, perdido?...

¿Quién ha de ser?.. Tu hermana, le dijo Clara destapándose; tu hermana que ha venido á ser testigo de tu maldad y de tu vergüenza...

— De mi vergüenza..., dices bien, de mi vergüenza, porque mayor no la he pasado ni pienso pasarla en mi vida... Perdonadme... Confieso que he sido un villano y un loco... Perdonadme, perdonadme.

ANTONIO DE VALBUENA.

NUESTROS GRABADOS

**Exposición Internacional de Artes decorativas de Turín.**— La última Exposición universal de París demostró de una manera evidente que esta clase de certámenes no tienen ya razón de ser, en primer lugar por la imposibilidad material de dar cabida en ellos á todo lo que la actividad humana produce en los diferentes países del globo, y en segundo por las dificultades que en tales condiciones ha de encontrar el que los visita con ánimo, no de curiosear, sino de aprender, para orientarse siquiera en medio de aquel caos laberíntico. De aquí que lo que fué en su origen fuente de enseñanza para el hombre estudioso y trabajador, se haya convertido en espectáculo de diversión, en feria de placeres para el desocupado turista; y de aquí la necesidad cada vez sentida con más fuerza de las exposiciones especiales de carácter internacional, que en cada caso han de responder mejor al verdadero objeto de estas manifestaciones de la inteligencia y del trabajo de los pueblos. En Turín se celebra actualmente la primera de estas exposiciones dedicada á las artes decorativas, y el éxito alcanzado es la mejor demostración de lo que antes decimos, porque en ella se puede estudiar y se estudia realmente de una manera tan fácil como completa todo cuanto con aquellas artes se relaciona. La exposición se divide en tres grandes secciones: la casa moderna y sus elementos decorativos, la habitación moderna y su aspecto decorativo, y la casa y la calle en su conjunto decorativo, figurando en todas ellas objetos de los más variados y elegantes géneros y de las más distintas procedencias. Los edificios, de estilo moderno, han sido construídos según los planos de Raimundo D'Arconco, arquitecto del Sultán de Turquía, y están situados en el hermoso Parque Valentino. Al mismo tiempo que ésta celébranse en aquella ciudad otras notables exposiciones, tales como la cuadrienal de Bellas Artes, las de Fotografía, Automóviles, Vinos y Aceites, en la que España ha ganado la *copa de honor*, y otras.

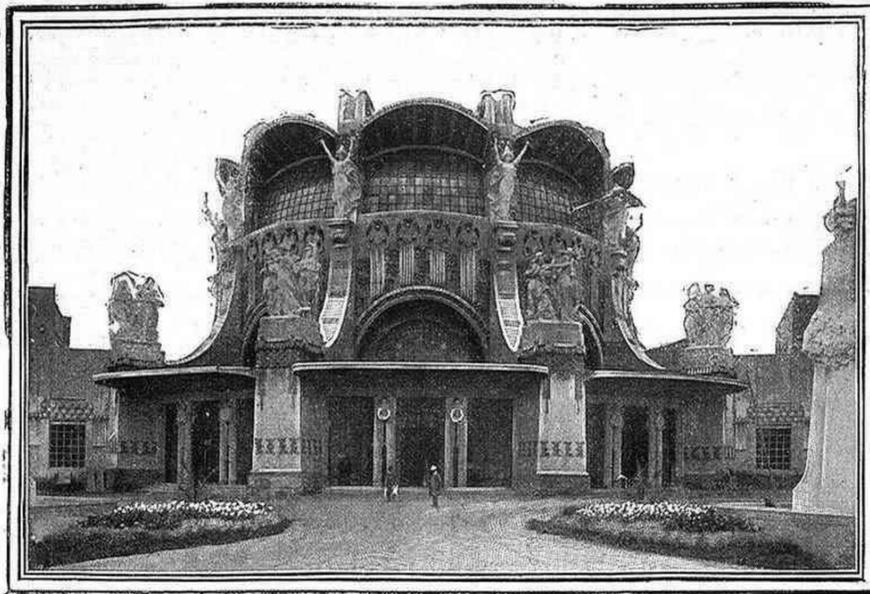
**El oráculo, cuadro de César Pattein.**— En la naturaleza humana existe un fondo de superstición que la razón no logra destruir y que encontramos en todas las edades de la vida y en todas las clases sociales. Son pocos los espíritus fuertes que se hallan completamente libres de él, y aun si escarbáramos un poco en el alma de los que de más despreocupados alardean, tal vez nos quedaríamos asombrados al ver que debajo de la corteza de su pretendida despreocupación anidan los más absurdos prejuicios. Una de las formas más comunes de la superstición consiste en pretender adivinar el porvenir por los medios más extravagantes, ya tomando por oráculo una flor, ya consultando á las modernas pitonisas que, baraja en mano, abren las hojas del libro del destino á los incautos que de ellas se fían y se hacen pagar á buen precio sus misteriosas predicciones. En el bellísimo cuadro de Pattein, la superstición se nos presenta en su aspecto más simpático: esas tres niñas que consideran como prueba cierta de felicidad el desparramamiento de los algodonosos pétalos de la flor silvestre, no merecen propiamente hablando el dictado de supersticiosas, incompatible con su infantil inocencia y con la pureza de las ilusiones de sus pocos años, ya que obran, no por reflexión, sino por instinto, movidas por esa excitación de la fantasía que en plena naturaleza hace surgir ante los ojos del poeta las más seductoras imágenes y sonar en los oídos del músico las melodías más inefables.

**La pompa de jabón, fotografías de Ernesto Dubourg.**— Esta serie de fotografías fué premiada en el

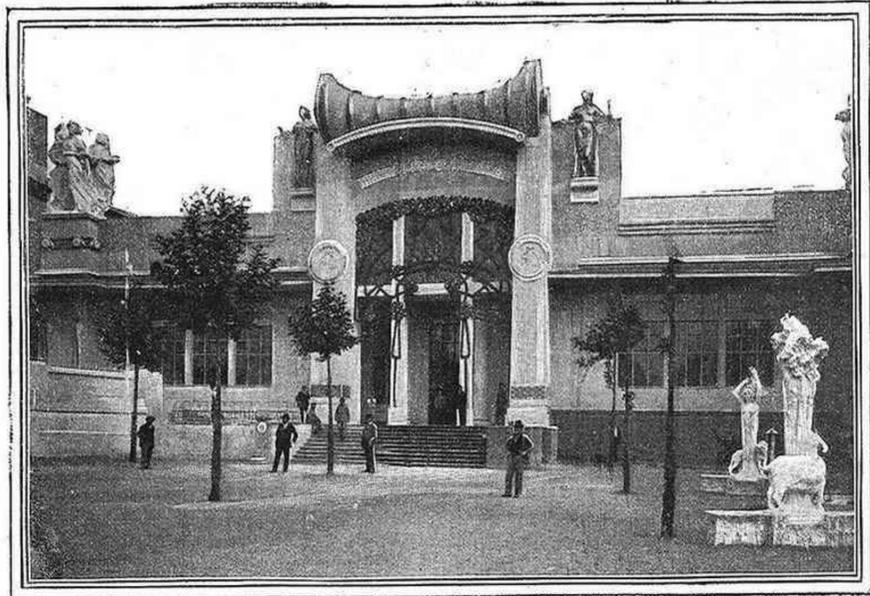
gran concurso celebrado hace poco en Buenos Aires por la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados», del que varias veces nos hemos ocupado en las columnas de esta revista. El premio obtenido por el Sr. Dubourg es merecidísimo, pues su obra nada deja que desear desde los puntos de vista artísti-

mos consignado y á aplaudir una vez más al artista por tan gallardas manifestaciones de ese temperamento que todos le reconocen para ejecutar obras que imponen por su grandiosidad.

**El hijo del buzo, cuadro de K. Storch.**— Con ser el personaje más pequeño de cuantos en la graciosa escena intervienen, atrae desde luego el chiquillo que ha dado título al cuadro la atención de cuantos contemplan la original composición de Storch. ¡Con qué fuerza de expresión, con qué naturalidad está trazada su simpática figurita! Mirando su rostro, vemos admirablemente reflejado en él el terror y nos parece oír los berridos que de su boca se escapan. Y la verdad es que el pobre niño tiene motivos sobrados para desesperarse viéndose cogido entre los brazos de aquel ser extraño, en quien imposible ha de serle reconocer á su padre y que más bien ha de figurársele uno de esos monstruos espantosos que la fantasía ha creado para meter en cintura á los nenes malos. Si del examen del protagonista pasamos al de los demás personajes del lienzo, habremos de reconocer que todos y cada uno de ellos están en carácter, amoldados perfectamente á la situación, mostrando en sus semblantes y en sus actitudes el regocijo que en ellos produce el lance y que contrasta por modo notable con la desesperación de la infeliz criatura.



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTES DECORATIVAS DE TURÍN. — Puerta principal



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTES DECORATIVAS DE TURÍN  
Puerta de ingreso del pabellón de Bellas Artes

**Busto de estudio, cuadro de H. Rondel.**— No admiramos en este lienzo solamente la corrección de líneas, la armonía y suavidad de tonos, la morbidez de las carnes y el talento con que el pintor ha logrado vencer las dificultades del desnudo presentándolo de tal modo, que ninguna idea sensual venga á turbar la verdadera emoción estética; tanto como esto nos cautiva en él la expresión dulcísima de ese delicado rostro, esos ojos de vago mirar en cuyas pupilas se refleja el pensamiento, ese ambiente de melancolía que parece flotar en torno de toda esa cabeza bellísima, y que bien pudiera ser la manifestación del pudor herido de una modelo novata en su profesión, que por vez primera se ve obligada á descubrir sus encantos á los ojos del desconocido artista.

**Teatros. — Barcelona.** — Don Alberto Bernis, empresario del Gran Teatro del Liceo, ha escriturado hasta ahora para la próxima temporada á los artistas siguientes: sopranos, Hariclé Darclée, Cesira Ferrani, María D'Arneiro y Carmen Bonaplata; soprano lírica, Stanislava Michalska; mezzo sopranos, Enriqueta Pagnoni y Wanda Borissoff; tenores, Emile Cossira y Angelo Marcolin; barítonos, Mario Sammarco, Delfino Menotti y Giuseppe La Puma; bajos, Luigi Rossato y Giuseppe Sorgi; maestro director, Edoardo Mascheroni; maestro de coros, Gioachino Marin. Además ha obtenido autorización de la casa Ricordi para poner en escena la grandiosa ópera *Cristoforo Colombo*, del maestro Franchetti.

co y técnico; pero justo es consignar, y no creemos que al decir esto rebajemos el mérito del inteligente aficionado, que la tarea de éste debió resultar relativamente fácil, gracias al modelo que tuvo la suerte de encontrar ó acaso el talento de escoger. En efecto, la pequeña colaboradora del artista está perfectamente posesionada de su papel, y la expresión de su rostro y sus actitudes acompañan con tan admirable naturalidad todas las fases de la operación que realiza, que no parece expresamente requerida para ponerse delante de la máquina fotográfica, sino más bien sorprendida por ésta en los momentos más culminantes de su infantil diversión. En suma, hay en ella esa espontaneidad tan difícil de obtener, no ya de los niños, sino de las mismas personas mayores, cuando han de retratarse, y que tan poderosamente contribuye á los éxitos de los operadores. Las fotografías que reproducimos nos han sido remitidas por nuestro querido y celoso corresponsal en Buenos Aires D. Justo Solsona.

**Oficial del tiempo de Luis XIII, cuadro de Meissonier.**— Los que conocen poco á fondo las obras del eminente Meissonier, creen que éste fué sólo pintor de delicadezas y detalles y que las cualidades distintivas de sus cuadros son la minuciosidad y perfección con que están ejecutados; y sin embargo, no es este ni mucho menos el juicio que de la crítica imparcial han merecido. El autor de *La retirada de Rusia*, *Viva el emperador*, 1807 y de tantas otras joyas inestimables de la moderna pintura francesa, es algo más que el técnico que sólo se preocupa de la factura, es el artista de imaginación poderosa, de grandes alientos, que busca la verdad y sabe trasladarla al lienzo, y al conjuro de cuyo pincel todo se anima con la misteriosa vida del arte, hasta aquellos tipos y aquellas escenas que sólo pudo ver con los ojos de la imaginación y transportándose con el pensamiento á tiempos que no por lo lejanos pudieron escapar á su talento investigador. Como prueba de nuestras afirmaciones puede verse el *Oficial del tiempo de Luis XIII*, que en la página 511 publicamos, figura en la que se admiran, no sólo la ejecución perfecta, sino además la expresión notable y el carácter de época, no ya de la indumentaria, del personaje mismo.

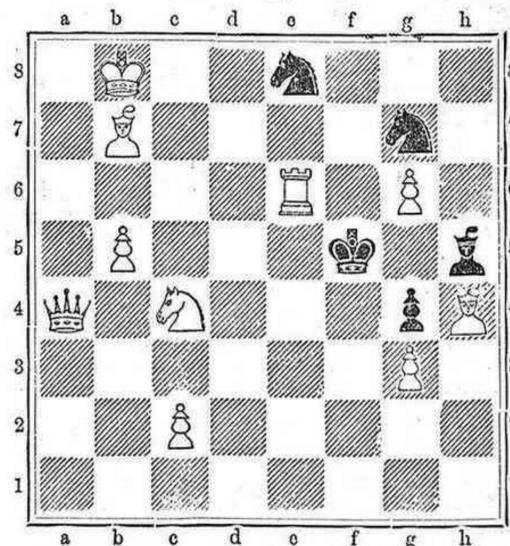
**Cadaqués. Cala Culip, cuadro de Eliseo Meifrén.**— Por sus dimensiones y grandiosidad descollaba el lienzo que reproducimos en uno de los testeros del gran Salón del Círculo Artístico de esta ciudad, en donde organizó la interesantísima y valiosa exposición de un considerable número de sus obras el distinguido pintor Eliseo Meifrén. Algunas de ellas hemos podido dar á conocer á nuestros lectores, emitiendo cada vez los juicios y consideraciones á que se presta el examen de las obras del genial y fecundo pintor catalán. Así, pues, nos limitamos hoy á referirnos á cuanto he-

tenido autorización de la casa Ricordi para poner en escena la grandiosa ópera *Cristoforo Colombo*, del maestro Franchetti.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 289, POR J. BERGER.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 288, POR M. FEIGL.

- |                      |                     |
|----------------------|---------------------|
| Blancas.             | Negras.             |
| 1. D a 7 — a 1       | 1. D g 7 toma C d 4 |
| 2. C d 3 — f 2 jaque | 2. R juega.         |
| 3. C ó D mate.       |                     |

VARIANTES.

- |                          |                            |
|--------------------------|----------------------------|
| 1..... T d 8 toma C d 4; | 2. C d 3 — e 5 jaque, etc. |
| 1..... R e 4 — e 3;      | 2. C d 3 — f 2, etc.       |
| 1..... Otra jugada;      | 2. C d 3 — f 2 jaque, etc. |

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

I

¡Un día de primavera en el Mediodía de Europa! ¿Qué pincel, qué pluma, sería capaz de pintar ó describir aquel esplendoroso cielo, aquel mar azul, en una atmósfera de luz y de sol? ¡Quién podría repetir aquel murmullo misterioso íntimo, aquella música penetrante, suave, de las olas, al acariciar dulcemente las playas de la Riviera! ¡Oh mágica Riviera, donde el sol dora con sus rayos las blancas villas, las casas de variados colores, donde yerguen orgullosamente sus copas las palmeras, donde verdean los laureles y los mirtos, donde entre el verde follaje asoman infinidad de camelias, blancas unas de color de púrpura otras, donde el suelo se cubre de violetas, donde todo es verdura, flores, perfumes, mientras en el Norte sucedense amenazadoras las tempestades y las nieves!.. En los montes que forman una corona álzanse vetustos conventos, modestas capillas circundadas de gigantescos cipreses; en los bosques de pinos y olivos anidan pintorescas aldeas, y allá en el fondo, á lo lejos, casi perdidos entre los rayos del sol, los Alpes azules elevansus cumbres, cubiertas de nieves eternas...

Era uno de los días de la *Fiesta de las Flores*, y Niza rebosaba de gente.

La multitud de pescadores y aldeanos, mezclada con aquella otra multitud heterogénea de los forasteros, se agolpaba en las calles bajo las palmeras, ávida de ver, mientras interminables hileras de coches movíanse lentamente por debajo de las ventanas y balcones repletos de espectadores.

La batalla de flores estaba en todo su apogeo; los olorosos proyectiles, flores hermosísimas consideradas en los países septentrionales como preciosas rarezas, hendían el aire, cruzábanse y caían como perfumada lluvia entre gritos de júbilo; el viento agitaba las colgaduras de las terrazas, y las músicas resonaban alegres fascinadoras... ¡Mágico espectáculo, digno verdaderamente de aquella fúlgida luz primaveral!

En la azotea de una fonda, tres caballeros alemanes que la casualidad había reunido en un mismo hospedaje, asisten desde hace un buen rato al característico espectáculo: los dos más jóvenes presencian por vez primera la fiesta de las flores y toman parte en ella con interés, con entusiasmo, al paso que el tercero, hombre de edad madura, mira con ojos indiferentes el espectáculo y ahora se levanta para marcharse.

- Me voy, dice consultando su reloj; tanta confusión, tanta gritería me aturden, y siento la necesidad de estar en un sitio tranquilo. ¿Se quedan ustedes?

Los dos jóvenes se sonrieron, y el más alto y esbelto de ellos, que tenía todo el aspecto de un oficial en traje de paisano, contestó por él y por su compañero:

- ¡Ya lo creo que nos quedamos! Wittenau y yo no tenemos la manía de la quietud. ¿No es cierto, Wittenau? ¡Qué quiere usted, Sr. de Stetten; para nosotros, hombres del Norte, es este un espectáculo mágico!.. ¡Hola, ahí viene Wildenrod! ¡Eso se

del joven, éste, sin mirarlo siquiera, lo puso en el montón con los demás.

- ¡No iba ciertamente destinado al Sr. de Dernburg!, exclamó el oficial irritado. Pero ¿por qué este hombre acompaña siempre á Wildenrod?

Wittenau que, silencioso y taciturno, había seguido con la vista el coche, echó en la cesta que junto á él estaba el ramo de camelias que hasta entonces había guardado en su mano.

- Sí, murmuró; desde que se ha presentado ese Dernburg todas las demás amistades han llegado á ser superfluas.

- ¿También usted lo ha notado?, preguntó el oficial irónicamente. Ya se sabe, los millonarios ocupan siempre el primer lugar, y el barón de Wildenrod sabe estimar esta cualidad en sus amigos, tanto más cuanto que en Mónaco la fortuna le es frecuentemente adversa.

- ¡No puede ser!, exclamó Wittenau. El barón se presenta y obra como un perfecto caballero y se trata con la mejor sociedad.

- Esto nada significa, querido Wittenau, repuso el otro encogiéndose de hombros. Aquí en Niza no está muy bien definida la separación entre la gente decente y los aventureros; nunca se sabe dónde acaban los unos y empiezan los otros; y francamente, respecto de Wildenrod no está la cosa muy clara. Si su nobleza es auténtica...

- En cuanto á su nobleza, respondo de ella: es indiscutiblemente auténtica, contestó Stetten interiniendo por vez primera en la conversación.

- ¡Ah! ¿Conoce usted á esa familia?

- Hace algunos años frecuentaba la casa del viejo barón, hoy difunto, y allí conocí á su hijo. De éste nada sé en concreto, pero lo que sí puedo afirmar es que tiene derecho al nombre y al título que ostenta.

- ¡Tanto mejor!, exclamó el oficial. Aparte de

que se trata de un conocimiento pasajero, sin ningún interés especial.

- Ciertamente, ya que estas relaciones se rompen con la misma facilidad con que se establecen. Pero ahora sí que les dejo á ustedes. Señores, hasta la vista.

- Voy con usted, dijo de pronto Wittenau, á quien al parecer ya no entretenía el espectáculo. Los coches empiezan ya á desfilar, pero todavía será difícil atravesar entre la multitud.

Y saludando al compañero, que sin preocuparse de aquella deserción volvía á lanzarse á la batalla de flores, Stetten y Wittenau abandonaron la azotea. No les costó poco trabajo abrirse paso entre el gentío, pero al fin se encontraron fuera de aquel bullicio.

Hasta entonces la conversación de los dos caballeros habíase reducido á unos cuantos monosílabos; pero cuando estuvieron en sitio tranquilo, el joven volvióse de pronto á su compañero y le dijo:



La batalla de flores estaba en todo su apogeo

llama buen gusto! El coche desaparece bajo las flores y la hermosa Cecilia parece el hada de la primavera.

En efecto, el carruaje que pasaba en aquel momento llamaba la atención por la belleza y el número de camelias que lo cubrían por entero, desde las ruedas hasta los sombreros del cochero y del lacayo. Iban en él un caballero elegante, imponente, y á su lado una señorita vestida con un traje de seda de color de rosa tornasolado y con un sombrero de rosas que dejaba asomar sus negros cabellos; enfrente sentábase un joven ocupado en recibir la continua lluvia de flores que caía sobre el coche desde todas partes, en forma de ramos preciosos que aquél amontonaba en el asiento vacío y que constituían otros tantos homenajes rendidos á la beldad que desde su florido tronco miraba en torno suyo y sonreía con los ojos radiantes de placer.

El oficial cogió un ramo y lo arrojó diestramente al carruaje, pero habiendo caído sobre las rodillas

—¿Conque usted conoce á los Wildenrod? ¿Y hasta hoy no lo ha dicho? ¿Por qué no va nunca á saludarles?

—No me visito con ellos y hubiera querido que tampoco usted los visitase, respondió Stetten fríamente. Así se lo he advertido varias veces; pero usted, Wittenau, no ha querido hacerme caso.

—Fuí presentado á un compatriota y llevado á su casa, y no podía, por consiguiente, rechazar su trato; además, usted no me ha dicho nunca nada en concreto.

—Porque nada concreto sé. Mis relaciones con dicha familia se refieren, según hace poco le he manifestado, á diez años atrás, ¡y suceden tantas cosas en diez años! Su amigo de usted tiene razón, Wittenau; aquí, en Niza, confúndense á menudo los límites que separan á la buena sociedad y á los aventureros, y á decir verdad ignoro á cuál de estas agrupaciones pertenece Wildenrod.

—¿Pero no le cree usted rico?, preguntó Wittenau sorprendido. Y sin embargo, lo mismo él que su hermana viven con gran lujo, aparentan disfrutar de una posición muy elevada y es positivo que cuentan con grandes recursos.

—Pregúnteselo al casino de Mónaco, repuso Stetten encogiéndose de hombros. Wildenrod pasa allí con frecuencia días y noches enteros, y se dice que casi siempre tiene una fortuna loca... ¡mientras dure! Y se dicen cosas aún más graves... No sé lo que habrá en ello de verdad; pero de todos modos, no me he creído obligado á reanudar las antiguas relaciones que con esa familia me unían y que ciertamente eran bastante íntimas, pues las antiguas fincas de Wildenrod lindaban con las tierras de mi casa que por muerte de mi padre vinieron á mis manos.

—¿Las antiguas fincas de Wildenrod?, repitió el joven. ¿Acaso ahora no son suyas?.. Pero me parece que le disgusta hablar de este asunto.

—Con las personas extrañas, sí; pero á usted le daré todos los informes que pueda, porque me consta que la cosa le interesa muchísimo. Por supuesto, que todo quedará entre los dos.

—¡Ciertamente!, repuso el joven con acento débil.

—Es una historia corta y triste, pero por desgracia bastante común. La familia Wildenrod vivía fastuosamente; pero sus propiedades estaban gravadas con multitud de hipotecas. El anciano barón se había casado en segundas nupcias cuando su hijo era casi un hombre; aquella segunda esposa era una mujer joven y caprichosa á quien su marido no sabía negar nada. Y eso que la baronesa exigía mucho, demasiado. El hijo había emprendido la carrera diplomática y vivía á lo gran señor... Sobrevinieron pérdidas de todo género, y al fin ocurrió la catástrofe. El barón murió repentinamente, víctima de un accidente, según se dice...

—¿Fué un suicidio?, preguntó el joven á media voz.

—Es probable, pues aunque con certeza nada se sabe, cabe suponer que no quisiera sobrevivir á la vergüenza, al desastre de aquella ruina. Salvóse el nombre de la vergüenza porque los Wildenrod pertenecen á la más antigua nobleza de su país, y la corte intervino para salvar el honor del barón. El castillo y las tierras pasaron á ser propiedad del rey, y de esta suerte se pudo pagar á los acreedores y los extraños pudieron creer que la venta había sido voluntaria; pero á la familia no le quedó un céntimo, y la viuda y su hijo se habrían encontrado en la miseria de no haberles concedido el rey una pensión anual y permiso para vivir en el castillo. Poco después, murió la baronesa.

—¿Y el hijo?

—Dadas estas circunstancias y la absoluta falta de recursos, no podía continuar en la carrera diplomática, por lo que presentó la dimisión. Debió ser un golpe durísimo para aquel joven orgulloso y lleno de ambición que probablemente había ignorado siempre la situación de su casa y que de repente se veía entonces violentamente arrancado del camino emprendido. Había, es verdad, otras carreras honrosas entre las cuales hubiera podido escoger una que indudablemente le habría proporcionado una buena posición; pero esto significaba descender de la sociedad en la cual había ocupado un puesto importante, y significaba además un trabajo serio y comenzado en condiciones modestas, lo cual no se avenía con el modo de ser de Oscar de Wildenrod. En efecto, éste rechazó todos los empleos que se le ofrecían y se marchó al extranjero, dejando de existir desde entonces para su patria. Ahora, después de tantos años, me lo encuentro aquí en Niza con su hermana, convertida en una joven muy guapa, pero nos tratamos como si nunca nos hubiésemos conocido.

Wittenau había escuchado en silencio, caminando con la cabeza baja, y aun después que Stetten hubo terminado su relato permaneció absorto en su profunda meditación. Stetten le miró, y poniéndole cariñosamente una mano sobre el brazo, le dijo á media voz:

—No considere usted á Dernburg como un enemigo, pues su llegada le ha salvado de cometer una locura, una gran locura, créalo usted, querido Wittenau.

El joven se estremeció y volvió hacia su compañero su rostro, en el que se pintaba uná honda emoción.

—Pero usted cree..., dijo.

—Yo no creo nada ni le censuro porque se haya fijado demasiado en un par de ojos hermosos; á su edad, esto es natural; pero la cosa habría podido formalizarse, y en este caso yo pregunto si una muchacha educada bajo aquella influencia y en aquel medio, es la más á propósito para esposa de un simple propietario rural. Esto aparte de que difícilmente habría sacado algo de esa señorita, porque el hermano es quien manda en ella y el barón necesita un cuñado millonario.

—En efecto. Dícese que Dernburg herederá algunos millones y por ende es digno de tal honor, exclamó Wittenau con acento de amargura.

—No sólo se dice, querido Wittenau, sino que es así en realidad. Las herrerías, las fábricas de acero de Dernburg, son las más importantes de Alemania y están hábilmente dirigidas... Pero... ahí están de vuelta los Wildenrod.

El carruaje del barón había abandonado el paseo y se dirigía á su casa. Los caballos, frenéticos por haberse visto obligados á caminar despacio durante tanto tiempo, se indemnizaban ahora corriendo velozmente, así es que el coche pasó rápido por delante de los dos amigos, envolviéndolos en una nube de polvo.

—¡Qué lástima!, murmuró Stetten. Si la suerte no le hubiese tratado tan mal, arrojándole de la posición para la que había nacido, Oscar de Wildenrod habría llegado á ser un personaje importante, porque á la verdad no es un hombre vulgar... ¡Pero Wittenau! ¡No tome usted la cosa tan á pecho! Es un desencanto, pero pronto pasarán sus efectos. Siga usted mi consejo; márchese de aquí, vuelva á su casa á trabajar, y cuando estará en sus tierras, entre sus gentes, acabará por dar gracias á Dios porque todo esto no haya pasado de la categoría de un sueño.

Mientras, el carruaje, terminada su rápida carrera, habíase detenido delante de uno de esos lujosos hoteles destinados exclusivamente á los forasteros adinerados. Las habitaciones que en él ocupaba Wildenrod eran de las mejores y por consiguiente de las más caras, y reunían todas las comodidades y toda la elegancia que pudieran exigir los viajeros acostumbrados al lujo; pero en aquella magnificencia convencional faltaba naturalmente en absoluto la impresión de la vida íntima.

Cecilia, apenas llegada, retiróse á su cuarto para quitarse el sombrero y los guantes, mientras los dos hombres salieron al terrado del salón, desde el cual se disfrutaba de una vista espléndida sobre el mar y sobre una parte de Niza.

Dernburg era un joven de veinticuatro ó veinticinco años, de aspecto insignificante, flaco, algo encorvado, con ojos oscuros de apagado mirar. Su rostro pálido, colorado sólo en los pómulos, indicaba que se encontraba en la Riviera no para divertirse, sino para atender á su salud, y nadie al ver su aire tímido habría pensado que fuese el futuro propietario de algunos millones y de toda una comarca.

El barón de Wildenrod era el tipo opuesto al del joven millonario: aunque frisaba en los cuarenta años, hallábase en la plenitud de la vida y de la belleza varonil; alto, imponente, tenía las facciones regulares, severa la frente surcada de arrugas profundas y un par de ojos que miraban á su alrededor tranquilos, escrutadores, despidiendo á veces de pronto rayos de fuego. Perfecto caballero, elegante, tenía el barón todo el porte gracioso del hombre de mundo, unido al orgullo del descendiente de una ilustre familia.

—¿Pero de veras piensa usted seriamente en marcharse, Dernburg? Es muy pronto todavía, y nuestra querida Alemania le recibirá con sus tempestades de nieve y de lluvia que allí se llaman primavera. Ha pasado usted el invierno en el Cairo y hace seis semanas que está usted en Niza; créame, si no quiere perder todo lo que ha ganado y comprometer gravemente su salud, renuncie por ahora á nuestro pérfido clima.

Decía esto el barón de pie, junto al balcón, y el joven le escuchaba con la cabeza baja.

—No, no partiré ciertamente hoy ni mañana, pero no puedo permanecer aquí mucho tiempo más. ¿No sabe usted que desde hace un año vivo en países meridionales? Ahora me encuentro perfectamente y mi padre tiene gran impaciencia por verme de nuevo en Odensberg.

—Debe de ser muy imponente Odensberg, por lo que he oído decir. Su padre de usted es una especie de pequeño soberano, con un poder bastante más ilimitado del que suelen tener los príncipes, ¿no es verdad?

—Es cierto, pero también tiene todas las preocupaciones y la enorme responsabilidad de su posición. ¡Si supiera usted lo que es estar al frente de una empresa semejante! Se necesita ser un hombre de hierro como mi padre para llevar sobre los hombros aquel peso colosal.

—Pero de todos modos, ello significa poder y el poder es la felicidad, exclamó Wildenrod mirando al cielo con ojos encendidos.

—Para usted y para mi padre, tal vez; pero yo soy de condición muy distinta, repuso el joven sonriendo con cierta turbación. Mi ideal de felicidad sería una vida tranquila, modesta, en una de esas paradisíacas ciudades del Mediodía... Y sin embargo, no me es dado elegir según mi gusto, pues como hijo único he de ocuparme de Odensberg.

—¡Pero Dernburg!, es usted un monstruo de ingratitude. El destino le ha dado desde la cuna una suerte que miles y miles de personas quisieran tener á cualquier precio, y usted la soporta suspirando.

—Porque comprendo que mi modo de ser no se aviene con esta suerte. Aseguro á usted, barón, que cuando veo todo cuanto hace mi padre y pienso que un día me tocará continuar aquella obra gigantesca, se apodera de mí un desaliento, un espanto que no sé dominar.

Wildenrod lanzó una mirada extraña sobre aquel rostro pálido y flaco del joven heredero.

—¡Un djal, exclamó. ¿A qué pensar en el porvenir lejano? Su padre de usted vive, está en la plenitud de sus fuerzas y seguramente vivirá aún muchos años, y como el día en que se encuentre usted sólo tendrá empleados inteligentes educados en la escuela de aquél, no ha de apurarse usted por lo que entonces pueda suceder. Siento en el alma que piense usted formalmente en marcharse, porque le echaremos mucho de menos.

—¿Le echaremos?, repitió Dernburg en voz baja. ¿Lo dice usted también por su hermana?

—Ciertamente que Cecilia sentirá separarse de su fiel caballero, á pesar de que no faltará quien la consuele de tal ausencia. ¿No sabe usted? Ayer casi me disputé con Marville porque ofrecí á usted un puesto en nuestro carruaje y él había creído que se lo reservaríamos.

Esta última frase indiferente hizo palidecer aún más al joven Dernburg.

—Ya lo sé, dijo éste irritado; el vizconde de Marville quiere estar siempre al lado de la baronesa y sólo piensa en suplantarme.

—Y usted, ¿por qué lo consiente? Hasta ahora Cecilia se inclina al compatriota, pero ese francés tampoco le disgusta... y con las muchachas el ausente es siempre el que tiene menos razón, repuso el barón riendo.

Pero Dernburg no tomó á broma aquellas palabras; al contrario, permaneció un rato agitado, luchando consigo mismo, hasta que al fin, incierto, balbuciente, exclamó:

—Barón, tengo algo que decirle desde hace tiempo, pero hasta ahora no me había atrevido...

El barón volvióse lentamente y le miró con aire interrogador; por fortuna el joven no vió la expresión irónica y compasiva de aquellos ojos que parecían decirle: «¿Tienes millones que ofrecer y no te atreves?»

—Hable usted, dijo al fin Wildenrod, y disponga de mí.

—Creo que para usted no será un misterio mi amor por Cecilia, repuso Dernburg excitado; mas á pesar de ello, debo decirle que si pudiera obtener su mano sería el hombre más feliz de la tierra y me consagraria por entero á su felicidad... Pero ¿puedo esperar tanta dicha?

El barón no se mostró sorprendido ante aquella confesión; únicamente se sonrió como para animar á su interlocutor.

—Esto hemos de preguntárselo á Cecilia, dijo; las jóvenes son sumamente caprichosas en este punto y mi hermana lo es más que cualquier otra, de lo que tal vez tengo yo la culpa por haber sido demasiado indulgente con ella. La sociedad la ha acostumbrado mal, y usted mismo habrá visto cómo la obsequian y agasajan.

—Es verdad, replicó Dernburg con acento con-

movido; y por esto precisamente no he tenido valor para hablar con la baronesa.

- ¿De veras? En este caso yo ayudaré á usted, y aunque nuestra princesita es caprichosa, no creo que conteste á usted con una negativa.

- ¿Lo cree usted así realmente, barón? ¿Sería posible? Y usted ¿qué diría á ello?, preguntó con ansiedad el joven cogiendo entre sus manos la de Wildenrod.

- ¿Yo? Pues le confiaría tranquilo mi hermana, porque veo cuánto la quiere usted y porque mi única aspiración, querido Dernburg, es la felicidad de la que considero casi como una hija.

- ¡Gracias, gracias, barón!, balbuceó Dernburg. ¡Si supiera usted cuán feliz me hace con su consentimiento y con la esperanzal..

- Con la esperanza de un consentimiento aún más importante, ¿no es cierto?, preguntó riendo Wildenrod. Con mucho gusto facilitaré á usted una ocasión para hablar de este asunto con Cecilia; pues, á pesar de mi simpatía y de mis deseos, dejaré á mi hermana en completa libertad y no trataré en lo más mínimo de forzar su voluntad propia. En cuanto á usted, querido Enrique, tenga valor y atrevase.

Y sonriendo amigablemente, entró el barón en el saloncillo. Enrique Dernburg le siguió y permaneció de pie en medio de la estancia contemplando todos los ramos de flores que un criado había sacado del coche y colocado encima de la mesa y que eran otros tantos trofeos de la jornada de la hermosa reina de la sociedad de Niza. Sí, no cabía duda; todos los hombres se postraban ante Cecilia de Wildenrod; y siendo esto así, ¿cómo podía esperar ser el preferido entre tantos adoradores?

¿Qué podía ofrecerle? Sólo la riqueza; pero también Cecilia era rica; bien se veía por la vida que hacían ella y su hermano. Y por añadidura era la descendiente de una antiquísima familia noble... Y pensando en esto Enrique Dernburg se olvidaba de las frases que para darle ánimo le había dicho el barón, y palidecía.

Wildenrod, en tanto, después de haber atravesado la estancia contigua al salón, había entrado en el cuarto de su hermana. Esta se hallaba delante del espejo y apenas se volvió.

- ¡Ah! ¿Eres tú, Oscar? En seguida voy; no hago más que ponerme una flor en la cabeza.

El barón contempló las magníficas rosas de color amarillo pálido que estaban encima del tocador y preguntó secamente:

- ¿Son estas las flores de Dernburg?

- Sí, me las ha llevado al Corso.

- Está bien, póntelas.

- Lo habría hecho aun sin tu reverenciado permiso, porque son las más bonitas que tengo, repuso riendo la joven, que después de haberse prendido una rosa entre sus cabellos se miró al espejo con un ademán lleno de gracia delicada y no inconsciente.

Cecilia de Wildenrod, que contando sólo diez y nueve años se imponía ya por su belleza, no se parecía á su hermano más que por el color de sus ojos y de su cabello; sus ojos eran negrísimo y á veces centelleaban como los de Oscar; su cabello negro también y brillante, su cutis moreno pálido y sus dientes blanquísimo y diminutos; tenía, en una palabra, un tipo oriental fascinador, de una seducción irresistible.

Había cambiado de traje, y vestida ahora de blanco con un ramo de rosas amarillas en el pecho y dos capullos de estas mismas rosas en la cabeza, estaba guapísima. El barón la contempló satisfecho

y después, mirando en torno suyo, se le acercó y en voz muy baja, aunque estaban cerradas todas las puertas, le dijo:

- Cecilia, Enrique Dernburg acaba de hablarme; quiere ofrecerte su mano.

La joven no se mostró sorprendida; volvió la cabeza para ver en el espejo el efecto de los capullos de rosa y luego exclamó con indiferencia:

brazo y hablándole al oído; no somos ricos; me veo precisado á hacerte esta confesión para que medites seriamente acerca de tu porvenir. Conque deja á un lado tus caprichos y cástate con Dernburg.

Cecilia le contempló entre incrédula y atemorizada y no resistió más; se veía que estaba acostumbrada á doblegarse ante la voluntad de su hermano.

- ¡Como si alguna vez me hubiese atrevido á decir que no cuando mi señor

hermano me manda decir que sí!, exclamó riendo. Pero que no se figure Dernburg que haya de llevarme á vivir en su aburrido Odensberg. ¡Vivir entre aquellas hordas de obreros, junto á las fraguas cubiertas de polvo y de orín! ¡Oh, me horroriza sólo pensarlo!

- Ya verás cómo se conforma con todo, repuso Wildenrod. Por otra parte, no sabes lo que significa ser dueña de Odensberg y la posición que ocuparás en la sociedad al lado de Dernburg; cuando te habrás hecho cargo de ello, me darás las gracias por mi elección. Y ahora ven, no hagamos esperar más á tu futuro esposo.

Cogidos del brazo, los dos hermanos entraron en el salón en donde Dernburg se paseaba agitado. El barón fingió no advertir su agitación y comenzó á hablar con desenvoltura de la batalla de flores, de los carruajes y de otros insignificantes sucesos del día, hasta que á pretexto de que la puesta del sol era hermosísima y de que el espectáculo, visto desde fuera, debía ser magnífico, salió al terrado cerrando detrás de sí la puerta de cristales.

- ¡Parece esto un mercado de flores!, exclamó Cecilia riendo y señalando á la mesa llena de ramos. Francisco las ha amontonado de cualquier modo, pero yo quiero ponerlas en orden; ¿quiere usted ayudarme, Sr. Dernburg?

Y con gracia infinita comenzó á colocar los ramos en los diversos jarros y copas del salón, en tanto que Enrique la seguía, ayudándola muy poco, pues toda su atención estaba fija en la hermosa joven vestida de blanco y con las rosas prendidas en el pecho. ¡Eran sus rosas! Dernburg lo había notado desde

que Cecilia entrara en el salón y este detalle le había complacido en extremo. Después se le ocurrió la idea de que tal vez Wildenrod hubiese hecho alguna indicación á su hermana..., pero no, ¡era imposible! Cecilia se mostraba desenvuelta, chancera como de costumbre, se burlaba de sus distracciones y se reía de sus torpezas. No, Cecilia no sabía nada.

La hermosa baronesa no experimentaba timidez ni emoción alguna ante el compromiso que estaba á punto de contraer: tenía cerca de veinte años, y en la sociedad que frecuentaba había visto siempre que las jóvenes aceptaban sin vacilar los maridos elegidos por sus familias. No tenía ningún reparo que oponer contra el matrimonio; al contrario, comprendía todas las ventajas del mismo, la mayor libertad de que podría disfrutar cuando estuviera casada, el derecho de permitirse los mejores trajes, de entregarse á todos los lujos y de salir de la dependencia de un hermano que á veces se manifestaba tiránico con ella... Lo único que la preocupaba era pensar que el vizconde de Marville era más simpático que Dernburg, quien, á pesar de sus millones, no ostentaba un título nobiliario. ¡Una baronesa de Wildenrod obligada á tomar un nombre plebeyo!

Cuando cogía el último ramo para colocarlo sobre la chimenea, oyó pronunciar con profunda ternura su nombre.

- ¡Cecilia!



Cuando cogía el último ramo para colocarlo sobre la chimenea ..

- ¿Ya?

- ¡Cómo ya! Tiempo hace que yo lo esperaba y me parece que si le hubieses animado habría hablado antes.

La frente de Cecilia se arrugó apareciendo en ella dos surcos profundos como los que presentaba la de su hermano.

- ¡Si no fuera tan pesado!, murmuró.

- Es que deseo que tal matrimonio se realice, Cecilia, lo deseo vivamente; y por consiguiente espero que sabrás portarte como corresponde, dijo el barón con acento de quien no admite réplica.

La joven estrujó con impaciencia las rosas que habían quedado sueltas.

- Pero ¿por qué ha de ser precisamente Dernburg? Marville es mucho más simpático...

- Mas no piensa en casarse contigo, como no lo piensan tampoco todos los demás que te hacen la corte; no te ofendas por esto que te digo, Cecilia; entre nosotros puedo hablarte claramente y confiar mi parecer; ya sabes que conozco á los hombres. En cambio Dernburg pide tu mano, y casándote con él te aseguras una posición envidiable, pues Dernburg es muy rico.

- ¿Y qué importa? ¿Acaso nosotros no somos ricos también?

- No, respondió el barón bruscamente.

La joven le miró estupefacta.

- No, Cecilia, añadió Oscar cogiéndola por un

(Continuará.)

## BALDOMERO GALOFRE

Otro pintor meritísimo ha dejado de existir. El destino, con su cruel é implacable poder, ha extinguido los vivos fulgores de una inteligencia privilegiada, gloria legítima del arte contemporáneo y honra de nuestra patria. El que fué distinguido artista y amigo querido, Baldomero Galofre, ha desaparecido de entre nosotros. Aquel que á costa de su pujante esfuerzo y de su indiscutible genialidad había alcanzado la meta de su carrera, se ha agotado, precisamente cuando apenas reposado su espíritu y su fatigado organismo de las titánicas luchas que había sostenido, saboreaba el resultado de sus afanes, las ventajas de sus triunfos, y cuando, completamente formada su personalidad artística, convertido en maestro, podía ofrecer á su patria nuevas y quizás más espléndidas creaciones de su fecunda é inspirada imaginación. Mucho podía esperarse todavía de Galofre. Sus últimas producciones, aquellas que ejecutara presa su espíritu de punzante angustia y ahogando los dolores de mortal dolencia, demuestran la pujanza de su ingenio, la delicada ternura de sus sentimientos y la luz que destellaba su privilegiado cerebro.

Todos los conceptos que sintetizan los ideales de la humanidad, creencias, patria, afectos, cobraban cuerpo, se agrandaban al darles forma el artista, imprimiéndoles con los colores de su paleta ese algo que en su interior existía, que le elevara y engrandeciera, y que, al separarse de su deleznable envoltura, ha ido á morar en las puras regiones de lo bueno, lo grande y lo justo.

Narrar su historia artística sería empresa harto difícil, que precisaría más serenidad para nuestro espíritu y mayor espacio del que podemos disponer.



BALDOMERO GALOFRE, fallecido en Barcelona en 26 de julio de 1902 de fotografía de A. y E. Fernández (Napoleón)

Bastará decir que cuanto fué, que cuanto pudo alcanzar, lo debió única y exclusivamente á su personal esfuerzo, y que gracias á sus indomables energías, á su pasmosa laboriosidad y á ese admirable entusiasmo de que siempre se halló poseído y que

el arte le inspiraba, pudo singularizarse y distinguirse. Como hombre, preciso es tributar respetuoso recuerdo al que fué hijo amantísimo, esposo ejemplar y cumplido caballero, presto á practicar el bien, refractario á cuanto pudiera significar la ejecución de un acto censurable, ya que en su corazón no pudieron anidarse jamás mezquinas pasiones ni debilidades profesionales.

Como pintor, como artista, revelóse como tal, poseedor de especialísimas condiciones, reuniendo la cualidad inapreciable de avalorar todas sus obras con el sentimiento y la poesía. Sentía el arte como pocos, y cuando con el pincel trataba de transportar al lienzo el tropel de ideas y el conjunto de impresiones que rebotaban en su corazón, cantaba estrofas tan sencillas como la de su notable cuadro *El Avemaría*, gallarda representación de las aptitudes del artista y de la inspiración del poeta.

Galofre no militó en escuela determinada. Su arte fué personal, exclusivo, distinguiéndose por el apasionamiento que le inspiraba la realidad, pero embellecida y vigorizada por el arte y el ingenio. A semejanza del poeta y del novelador contemporáneos, fijaba la atención en todo lo que cerca de él vivía y accionaba, interesándole y conmoviéndole, para reproducirlo por medio del lápiz, del carbón ó del pincel tal cual lo comprendía, con los caracteres que le imprimía su fantasía, avalorado, enriquecido con la prodigiosa fuerza de su imaginación. Si nos fijáramos únicamente en sus poderosas condiciones de asimilación para reproducir, le considera-

ríamos como un distinguido campeón de la escuela realista; mas como esta cualidad resulta una de las circunstancias que en él concurrían, ya que no se limitaba á copiar la naturaleza fría y muda, sino embellecida con sus gérmenes de vida, con todas



REGRESO DEL TRABAJO. RECUERDO DE CASTELL DE ARO, por Baldomero Galofre

sus energías ó con su sévera grandeza, no titubeamos en distinguirlo con el merecido calificativo de artista-poeta.

Si bien fué sincero y devoto admirador de su paisano el malogrado Fortuny, así como de Rosales y de otros no menos ilustres pintores, no cultivó el género en que aquéllos lograron triunfos y celebridad.

Al igual de todos los artistas que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, procuró tener carácter propio, y buscando en su patria y en cuanto le rodeaba el medio de su acción, produjo admirables cuadros de costumbres y tipos nacionales que vienen á ser, por su constante labor y no interrumpida producción, la historia contemporánea pintoresca de nuestra patria, ya que la representó con los caracteres que ofrece el ayer y la actualidad, con la diversidad de tipos, con los varios tonos de los trajes, las telas, los rasgos de provincialismo y sobre todo ese conjunto reunido y dispuesto con arte, en acción, con movimiento y vida.

Galofre dibujaba con seguridad y corrección, agrupaba como pocos y sentía la composición, distinguiéndose sus cuadros por sus brillantes tonos, por su finura y transparencia. Como verdadero artista, embellecía el natural sin falsearlo jamás, devoto de la sinceridad.

Mucho ha legado el artista, mucho queda inédito en sus innumerables carteras de esa obra colosal que tituló *España*, y á cuya realización febrilmente se dedicaba, derrochando su inagotable



PESCADOR DE SAN FELIU DE GUÍXOLS, apunte por Baldomero Galofre

fantasía y su habilidad, utilizando todos los procedimientos y formas conocidos. Esta es la que pudiéramos titular su obra póstuma: aquella que á nuestro juicio ha de revelar, cuando se conozca, todo lo que valía el artista y lo que podía esperarse de su genialidad.

Con haber sido tan celebradas sus obras y tan reconocidos sus merecimientos, creemos que no ha sido aplaudido y ensalzado cual merecía. El supuesto de que se hallaba en condiciones de ofrecer nuevas y más importantes creaciones, motivaba tal vez que no rebasaran las manifestaciones de justa admiración; mas hoy, que, por desgracia, tenemos el triste convencimiento de que ha desaparecido de entre nosotros y que de él no nos quedan más que un grato recuerdo y sus obras admirables, hemos de apresurarnos á rendir un homenaje al artista, un aplauso al pintor y un tributo de respetuosa consideración al amigo cariñoso.

El nombre de Baldomero Galofre significará una gloria española: el arte ha perdido uno de sus inteligentes adalides, uno de sus fervientes adoradores.

Si el sentimiento general que su muerte ha producido ha sido causa para que se dedicaran á su memoria sentidos recuerdos, séanos lícito tributar al insigne artista y al bondadoso amigo la expresión del que nos domina, tan sincero é intenso cuanto inesperada ha sido para nosotros la certidumbre de su pérdida.

A. GARCÍA LLANSÓ.

PUBLICACIÓN NOTABLE

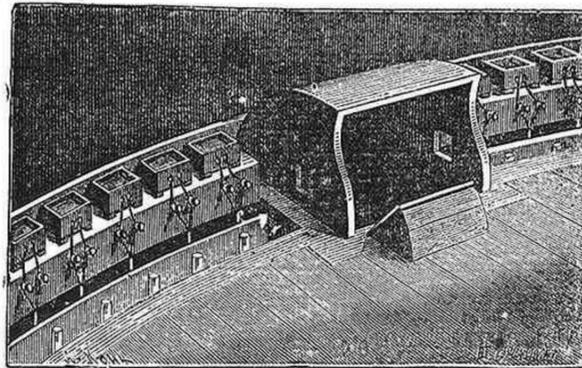
EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que

Físico podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra. Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadrados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor. Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

Venta annual de los Productos Nestlé  
39 millones de botes.

Harina Lacteada  
**NESTLÉ**



ALIMENTO COMPLETO  
para Niños y Viejos.  
Contiene la Leche pura de Suiza.

Consumo diario de Leche: 184,000 Litros.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Las Personas que conocen las  
**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**  
DE PARIS

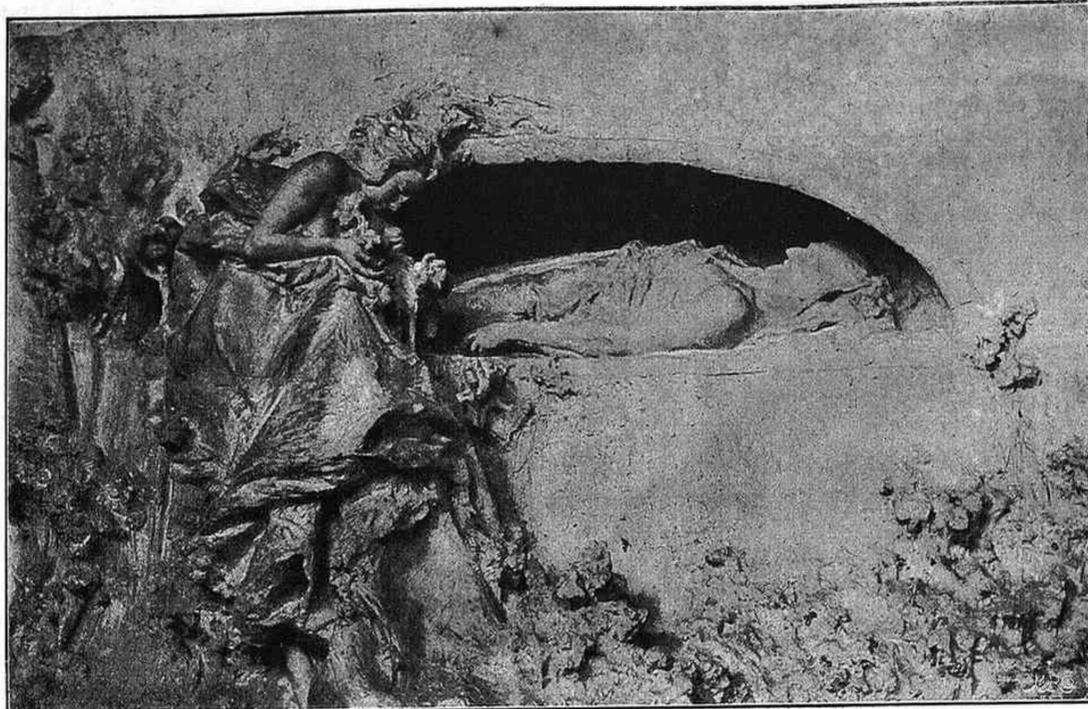
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LIBROS ENVIADOS  
A ESTA REDACCIÓN  
por autores ó editores

EL ACETILENO Y EL CARBURO DE CALCIO, por *Francisco Carles*. - El desarrollo cada día mayor que ha adquirido el uso del acetileno es la mejor justificación de la oportunidad de este libro, en el cual se encuentran datos muy curiosos é interesantes acerca de las propiedades y de la producción de este gas y de sus empleos para el alumbrado, calefacción y motores de distintos sistemas, y detalladas descripciones de gran número de aparatos. Una buena parte de la obra está dedicada al estudio del carburo de calcio, materia no menos importante y muy relacionada con el acetileno. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig; se vende á dos pesetas.

MAGNETISMO UNIVERSAL, por *José Gallegos*. - El inteligente telegrafista guatemalteco Sr. Gallegos ha reunido en un folleto varios artículos publicados en «El Telégrafo» de Guatemala y en los cuales estudia la mecánica del éter, que evolucionando eternamente encierra todas las leyes físicas y produce la variada forma de los cuerpos naturales, deduciendo de este estudio interesantes teorías. El folleto, que lleva algunos grabados, ha sido impreso en la tipografía de Arturo Siguere y C.ª, de Guatemala.

EL BURRO DEL TÍO ANTÓN, por *Rafael Ruiz López*. - Es esta obra una novela sentimental y realista; pero ni el senti-



LA BELLEZA DE LA MUERTE, MONUMENTO FUNERARIO PARA SEBASTIÁN GRANDIS EN BORGO S. DALMAZZO obra de Leonardo Bistolfi. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, de Darmstadt.)

mentalismo se nos presenta en ella como sensiblería, ni el realismo se aparta nunca de la verdadera belleza. Su argumento, interesante en alto grado, es la vida de un hombre admirablemente vista y hondamente sentida, y en todos sus capítulos hay un fondo de esa poesía que brota espontáneamente en los corazones que adoran las bellezas de la naturaleza y rinden fervoroso culto al bien y á la verdad. Un estilo elegante avalora este libro, que editado en Barcelona por Lezcano y C.ª, se vende á una peseta.

afirmarse que su nombre figura entre los de los primeros poetas mejicanos. Mas no sólo brilla su talento en el género poético; también como periodista y como novelista goza de merecido renombre. *El teniente de los Gavilanes* es una interesantísima novela cuyo argumento se enlaza con curiosos episodios de la historia de Méjico; ha sido editada por la casa Appleton de Nueva York y está además ilustrada con algunos grabados originales de Rafael y Marius Zayas, hijos del autor.

BEN-HUR, por *Luis Wallace*, traducción de *Luis Carlos Viada y Lluch*. - Aunque del género de la popular novela *Quo Vadis?*, esta producción del escritor anglo-americano es, en sentir de muchos críticos, superior á la obra del autor polaco, pues conteniendo como ésta hermosas descripciones, abundando en elevados conceptos, demostrando los mismos conocimientos arqueológicos é históricos, resulta más ajustada á la verdad cronológica y topográfica y trata más grandiosamente los personajes que intervinieron en la génesis de nuestra religión, y sobre todo la figura sublime del Redentor. La traducción del Sr. Viada y Lluch es digna de las mayores alabanzas por lo castizo y elegante del lenguaje. *Ben-Hur*, editada en Barcelona por «La Hormiga de Oro», forma un tomo de 422 páginas y se vende á diez reales.

EL TENIENTE DE LOS GAVILANES, por *Rafael de Zayas Enriquez*. - En la literatura americana ocupa un puesto eminente el inspirado poeta D. Rafael de Zayas, pudiendo

<p><b>PAPERA ANTI-ASMATICOS BARRAL</b> CIGARROS PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos. DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.</p>	<p><b>FOMOUZE-ALBESPEYRES</b> 78, Faub. Saint-Denis PARIS y en todas las Farmacias.</p>	<p><b>JARABE DE DENTACION</b> FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION. EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE</p>
--	---	--

MALES DE ESTÓMAGO, FALTA DE FUERZAS  
ANEMIA, CALENTURAS, etc.

# QUINA-LAROUCHE

Premio de 16.600 francos

EL MISMO FERRUGINOSO EL MISMO FOSFATADO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc. Paris, 20 et 22, rue Drouot Y FARMACIAS. Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

Siete Medallas de ORO

AVISO A LAS SENORAS

EL APOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

## Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Especidones: J.-P. LAROZE & C<sup>o</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris. Depósito en todas las principales Boticas y Droguerias

ENFERMEDADES DE ESTÓMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

FRANCO 5fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS

LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

pone y conserva el cutis limpio y terso

St-Denis

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.

Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

## GARGANTA

VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PAGO: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

# PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN